

EL PARAISO DEL DIABLO

869.56
G253P

e. gargurevich



NOVELA

mf

869.56
G2 53P

enrique gargurevich

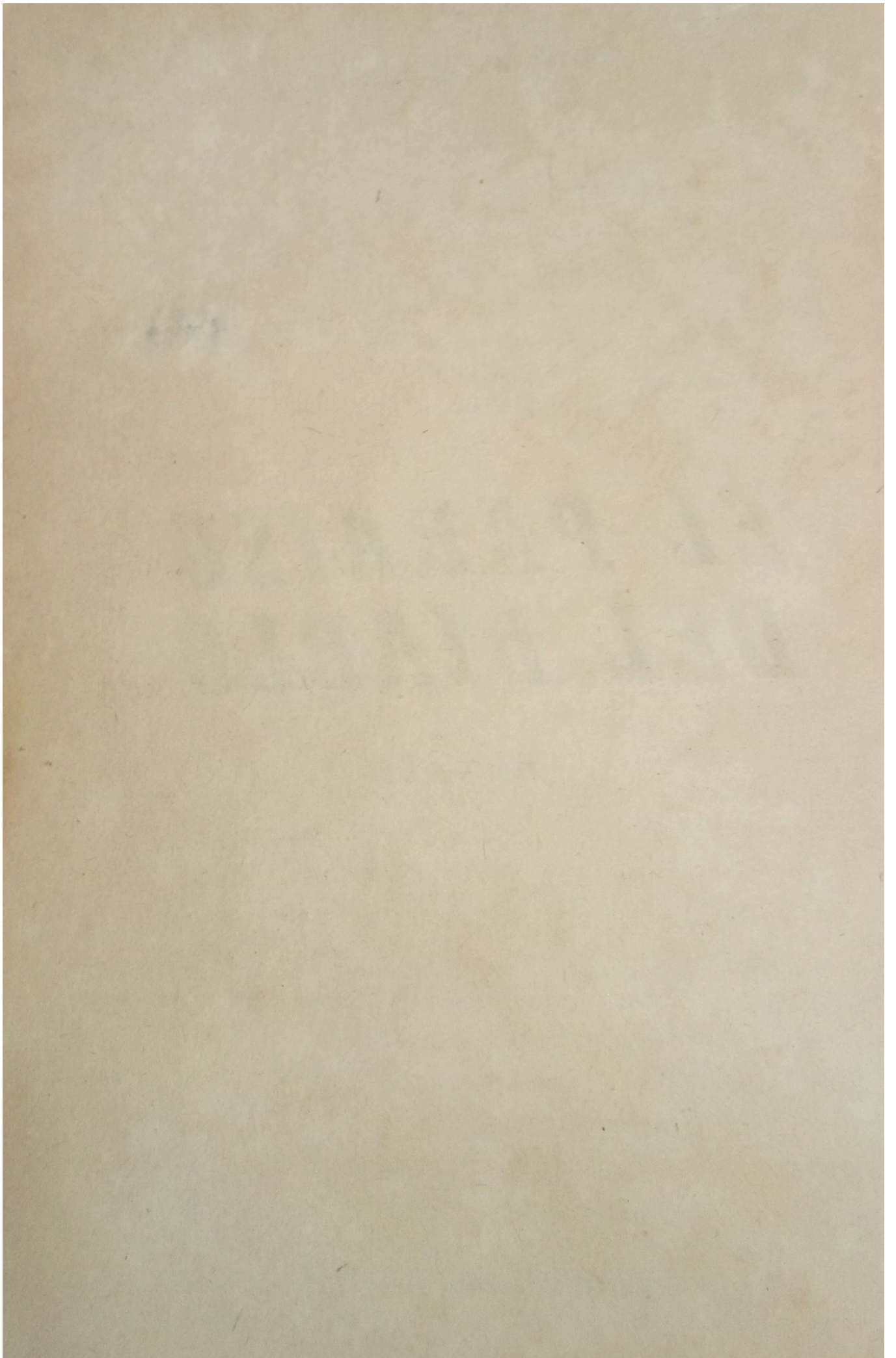


2-7
No. 827

EL PARAISO DEL DIABLO

novela

iquitos 1965



A LA AMAZONIA Y A LOS
VALIENTES HOMBRES
QUE LA FORJARON.

¡ZZZZZ... BOOOMMM!!!...

Estalla un rayo rasgando el cielo la luz en-
ceguecedora de un relámpago y casi en segui-
da se desploma sobre la tierra un ensordece-
dor trueno...

Empujados por el viento huracanado co-
mienzan a amontonarse las nubes grises has-
ta cubrir el cielo de un tinte negruzco; sobre
el río que empieza a encrespase y semejan-
tes a fantasmas continúan deslizándose los
árboles arrancados en sitios lejanos. La sel-
va se llena de un rumor de tormenta y es
sacudida, ora por estrepitosos truenos, ora
por tremendos golpes de viento, como si so-
bre ella se hubiesen desatado todas las fuer-
zas de la creación...

Golpeados por la tormenta los árboles se doblan rabiosamente, resistiéndose a ser arrancados... Como disparado por cien ametralladoras, al mismo tiempo, el llanto del cielo comienza a salpicar todo con enormes gotas, cuales millones de proyectiles... Con el viento se levanta un fuerte olor a hierba y a tierra mojada... La floresta de las orillas del ancho río ha tomado un color grisáceo...

Fue uno de estos vendabales que se anunciaba amenazadoramente.

La lluvia desencadenada tamborileaba con fiereza sobre los toldos de lona y sobre toda la estructura del barco que no hacía mucho había soltado amarras del muelle del puerto fluvial de Iquitos...

Los pasajeros, ante este aterrador despliegue de la Naturaleza, se retiraron asustados de las barandillas del vapor, desde donde habían pretendido observar el hasta entonces novedoso espectáculo mientras el viejo capitán del buque, acomodándose el cuello de su chaqueta, murmuró:

—Parece que vamos a tener tormenta y de las buenas... Ojalá pase pronto.

Los desatados elementos hicieron zanzanear la nave por más de una hora, cesando al cabo bruscamente.

Y el Sol, rompiendo las últimas cortinas de nubes brilló con fuerza, pudiendo distinguirse de nuevo el contorno claro de las cosas.

El Amazonas, bajo el hermoso cielo, ya sea en tormenta o en calma, sigue majestuoso su rumbo, sin que nada pueda detenerlo.

Sobre él navegaba, luego tranquilo, el barco, "El Liberal", mientras que a lo largo de las "bandas" volvían a chapotear las ágiles canoas y los botes a motor, sin atreverse a seguir a las motonaves y remolcadores, que empujaban jadeanes sus pesadas "albarengas".

Vuelta la calma, mientras el vapor se deslizaba sobre el ocre de las aguas, teniendo por fondo el verde de la orilla y bajo el inmaculado azul del cielo, el capitán, Ubaldo Lores, dejó en el puente de mando al práctico fluvial y descendió a la toldilla de "primera clase". Pero no bien acabó la escalerilla de fierro cuando un joven que jugueteaba nerviosamente con su lápiz y una libreta de apuntes, lo abordó:

—Buenos días, Capitán... Soy Taboada, del diario "El Oriente", que me ha enviado para hacer una crónica sobre la expedición que con gran cantidad de equipaje acaba de embarcarse en la nave...

Don Ubaldo sonríe bonachonamente:

—Lo único que puedo adelantarle es que se trata de una comisión investigadora que envía el Gobierno al Putumayo... Mayores datos... si es que pueden dárseles... pregúnteselos a ellos mismos...

—Eso mismo voy a hacer... entrevistar a cada uno de los miembros hasta Tabatinga de donde tengo que regresar... Podría decirme, Capitán, en cuánto tiempo estaremos allá?

—En dos días...

—Y, luego...?

—En dos días más llegaremos a San Antonio de Izá, en la boca del Putumayo, donde desembarcará la comisión... Nosotros seguiremos a Manaos... Si no hay otra pregunta que pueda contestarle... me da un permiso?

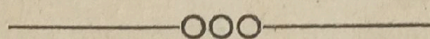
—Usted lo tiene, Capitán, y muchas gracias por su información...

—ooo—

La abigarrada muchedumbre, en la que, además de peruanos había colombianos, brasileños, venezolanos, ingleses y oriundos de cuanto país americano, europeo, asiático y africano puede uno imaginarse, ocupaba todos los compartimentos de la nave.

Había entre ellos pacíficos pasajeros, ansiosos turistas, ex-presidarios, caballeros de industria, tahures, es decir toda la variedad humana, buena y mala, que invade una región cuando se desata sobre ella una fiebre como la de la extracción del caucho... Pues nos encontramos en el 7 de Agosto de 1912,

cuando aún brillaba la época del "oro blanco" y el barco "El Liberal", en su viaje de rutina entre las dos grandes ciudades brotadas en la selva, Iquitos y Manaos, llevaba todo este conglomerado de sueños, inquietudes y quimeras...



Mientras los jugadores profesionales, enfundados en sus impecables trajes de "palm-beach", con sus blancas y afiladas manos, preparaban las mesas de juego, para amenizar el copetín con una partida de naipes o de dados, los mozos se deslizaban entre los grupos ofreciendo bandejas de pastas y de refrescos.

En la parte más alejada de la cubierta de popa la débil brisa fluvial sacudía casi imperceptiblemente dos blancos hábitos. El nuevo misionero Padre Serafín Fuentes y su superior el Padre Abel Quiróz, dialogaban en voz baja:

—Así que este es el gran Amazonas...
—dice el más joven de ellos, moviendo pensativamente la cabeza— el rey de los ríos, el más caudaloso del mundo... Quién diría que en su desembocadura llega a tener más de doscientos kilómetros de ancho y que sus aguas impetuosas empujan a las del Océano más de cien kilómetros mar adentro...

—Todo lo que se refiere al Amazonas es colosal. Sólo el Nilo lo aventaja escasamente

con casi trecientos kilómetros de recorrido... Pero en todo lo demás, es decir caudal, navegabilidad trasatlántica, etc., el Amazonas es el monarca entre todos los grandes ríos del mundo... Y pensar que yo he visto su humilde origen en el hilillo de agua que se desprende de las nieves perpetuas de los Andes...

Los ríos en la selva —continuó diciendo el anciano misionero acariciándose la barba— son fantásticos en el sentido más amplio de la palabra... Son como canales abiertos a machetazos en la espesura del bosque. Su curso es siempre sinuoso y llegan a convertirse en una sucesión interminable de vueltas, a semejanza de un caracol; de tal modo que se da el caso de que un viaje fluvial de cinco horas corresponda en duración al mismo viaje terrestre hecho en una hora. Figúrese que la distancia entre dos puntos se calcula por "vueltas" de río, siendo éstos en realidad las esenciales vías de comunicación... De las márgenes para adentro se extiende la selva impenetrable.

Simultáneamente y sobre la barandilla de estribor don Julio C. Arana sacudió con su dedo meñique la ceniza de su cigarro de hoja y finalizó el diálogo sostenido desde hacía varios minutos con el señor Delgado, quien pulcramente vestido estaba a su izquierda:

—En resumen, mi querido don Pedro, basado en los fantásticos relatos de dos pillos

redomados (tengo pruebas para hablar así) llamados Willian Handerburg y Thomas Whiffen, sobre crímenes y atrocidades cometidos en las dependencias de mi Compañía Comercial en el Putumayo, el Gobierno inglés envió un informe novelesco, por llamarlo así, con testimonio de diez negros procedentes de la isla de Barbados, que jamás llegaron a comparecer en Londres. Este informe fué inmediatamente explotado por la revista "Truth" (para eso, Ud. sabe, son unos maestros los periodistas británicos) sacando una serie de artículos bajo el título de "Los Crímenes del Putumayo" y editando un "Libro Azul" al que dió su paternidad Casement. Y el resultado de todo este revuelo: un pedido diplomático de Gran Bretaña para que el Gobierno peruano autorice una nueva investigación sobre trato a súbditos británicos y aquí tiene a la Comisión en marcha hacia el Putumayo...

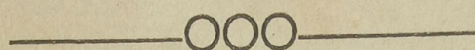
—Pero querer hacer eso con Ud., un honorable ciudadano que acaba de ser elegido Senador de la República, después de haber finalizado su labor como Alcalde de Iquitos... ¡es inconcebible!...

—Mi querido amigo... en este momento está Ud. hablando con un tenebroso explotador sometido a investigación.

—Y, los acompañará Ud., don Julio?

—No, que vean por si mismos. Además, podrían aducir que mi presencia "en-

torpece" su cometido. Por otra parte, mis negocios en Iquitos, Lima, Manaos y Londres no me dejan tiempo ni para comer tranquilo. Y a propósito... acabo de oír la campana llamando al almuerzo... ¿Vamos?



Alrededor de la mesa del Capitán Lores estaban sentados casi en su totalidad, los miembros de la Comisión Investigadora del Putumayo.

Frente al Comandante de la nave se hallaba el Cónsul de su Majestad Británica, Mr. George Babington Mitchell. Su foja de servicios señalaba, con la característica parquedad sajona:

"Nacido el 1º de Febrero de 1857 en West End, Londres. Padres: Ames y Elizabeth. Una hermana, dos hermanos. Graduado en el Werfolk Institute. Casado, dos hijos. Veinte años en el servicio consular. Categoría actual: Cónsul de 2da. Clase. Ultimo destino: Belén do Pará, Brasil. No tiene actuación sobresaliente. Puede encargársele cualquier asunto confidencial".

De él había agregado el Segundo Oficial cuando lo vió subir a bordo: "Parece un Chamberlain sin paraguas".

Su mejor chiste, antes de salir de la Prefectura de Iquitos con destino al muelle,

había sido: "Ustedes los peruanos tienen dos buenas leyes aquí en la selva: la Winchester 44 y la Colt 45".

Luego, rió solo de su estupendo "sense of humor".

A su derecha estaba sentado el Dr. Carlos Rey de Castro, limeño. A los cuarenta años era un hombre capacitado para ejercer múltiples actividades: Periodista y escritor, también había incursionado en el campo de la Historia. De estatura regular, era grueso y bronceado. Fumaba poco y soportaba bien la bebida. Desde su entrada en el Ministerio de Relaciones Exteriores había sido funcionario en el Cuerpo Consular, donde lo apreciaban por competente, metódico y buen camarada. A la fecha había servido como Cónsul en tres ciudades importantes: ahora lo era en Manaos. Sus superiores lo consideraban un hombre de porvenir y muestra de ello era que acababa de ser nombrado Delegado del Gobierno peruano en la Comisión Investigadora.

Al frente de Rey de Castro se acomodaba en esos momentos la servilleta sobre el almidonado cuello de la camisa Mr. Stuart J. Fuller, Cónsul norteamericano en Iquitos. Su cara regordeta, en permanente actitud bonachona, denunciaba al hijo de granjeros, con larga residencia en lugares al aire libre. Gozaba de buen humor, buen apetito y muchas ansias de conocer hombres y paisajes; en su

rápida y efectiva carrera lo había logrado en gran parte.

Completaba la mesa del Capitán Lores el señor Julio C. Arana a quien ya conocimos mientras hablaba sobre la barandilla del barco. Acerca de él podríamos agregar que era natural de Rioja, con cincuenta años de edad, de grandes bigotes a lo Bolegnesi, hombre emprendedor que, gracias a su esfuerzo, se había hecho dueño de inmensas propiedades en el río Putumayo, a más de prósperos negocios en las principales capitales sudamericanas y de Europa.

En una mesa vecina a la de ellos almorzaba con el Primer Oficial el Ingeniero Miguel Reátegui, loretano, especialista en Topografía y gran aficionado a la Etnología, el Dr. Dickie, oriundo del Sur de los Estados Unidos y médico de la Comisión y el señor John Brown, nacido en la bella Albión, quien además de su idioma natal, dominaba el portugués, el español y catorce dialectos de la selva, motivo por el cual había sido contratado como intérprete oficial, a pedido del Cónsul Mitchell, quien desconfiaba de los intérpretes peruanos.

La conversación giraba ágilmente en la mesa principal acerca de la amazonía peruana.

—Ha sido para mi sorprendente —decía Stuart Fuller— que a los cuarentiocho años

de fundada la ciudad de Iquitos haya progresado tanto...

—Perdón, hace cuarentiocho años fue fundado el Puerto Fluvial —intervino prestamente el Capitán Lores— la ciudad tenía en ese entonces más de doscientos años de existencia...

—¿Ha tenido, entonces, la capital de Loreto más de una fundación? —preguntó a su vez Mitchell.

—Efectivamente, y hasta tres —aseguró enfáticamente Rey de Castro— la primera fue en 1740, cuando el Padre José Bahamonde anotó en su Diario haber establecido la Misión de Santa María de la Cruz, en los dominios del Cacique Riame y en la proximidad de la confluencia de los ríos Nanay y Amazonas..

—La segunda, si se puede llamar así —apuntó el señor Arana— fué cien años después, cuando debido a los derrumbes de la ribera y por iniciativa de don Lizardo Zevallos se trasladó el pueblo del lugar que ocupaba al actual, es decir, alrededor de lo que hoy es la plaza principal.

—Por último —volvió a intervenir el Capitán Lores— el 5 de enero de 1864 arribó la flotilla naval enviada por el Presidente Castilla e integrada por cinco buques, flotilla que fundó el Puerto Fluvial e instalaciones de la Marina en el Amazonas, tomándose este día como fecha aniversario y no las

anteriores de 1740 y 1840 por no estar consignadas en documentos oficiales.

—Muy interesante —acotó Mr. Fuller— esto quiere decir que sus derechos sobre la amazonía están bien fundamentados desde la época de Orellana.

—Y aún desde antes... —interrumpió vivamente Rey de Castro— con las expediciones de Alonso de Alvarado y Alonso de Mercadillo...

—Bueno, bueno —intervino el Cónsul Mitchell— no sigamos ahondando en la Historia y hagamos un brindis por nuestros países, tan unidos en ideales ahora y siempre... ¡Salud!

—¡Salud! —corearon todos y la charla derivó hacia otros tópicos.

Aquella noche George B. Mitchell anotó en su Diario personal que había abierto para la expedición:

“Los peruanos son estúpidamente orgullosos, como he podido comprobarlo hoy en la plática durante el almuerzo”.

Reposando el almuerzo bajo el bochorno del caluroso mediodía los pasajeros, recostados en sus perezosas, descansaban bajo los toldos de lona, extendidos sobre las cubiertas.

Eugenio Da Silva se aproximó silenciosamente por detrás de la silla donde leía su ensismismada esposa y la abrazó súbitamente,

—¿Qué lee con tanta atención mi vida?

La recién casada le muestra una primorosa carátula y responde con entusiasmo:

—Un libro de leyendas de la selva....

Hay una que me ha impresionado mucho... ¿quieres oírla? es bien cortita y trata sobre el origen de la avecilla "la flautera"...

El joven esposo se acomodó a un lado y la suave voz de la dama se dejó escuchar:

"Fué... cuando la selva se llenó de encantos al influjo de misteriosos hechizos. Una mañana radiante nació Shilli, la más linda y adorable muchachita, heroína de esta leyenda de amor y tormento. Su madre, una pálida orquídea, la concibió un día cuando sus pétalos se sacudieron ardorosos al beso de un rayo de sol.

La selva cuidó de ella con solícita ternura.

Shilli era la más exquisita de sus flores y la más apreciada de sus avecillas y a la que cuidaban los espíritus del bosque con gran ternura.

Feliz vivía la muchacha salvaje, solitaria, cantora y animosa, recorriendo las orillas de los ríos y las márgenes de los lagos, esquiva e inocente, soñando como

toda chiquilla con un apuesto joven que uniera con ella para siempre su vida.

Hasta que un día llegó el esperado...

Procedía del otro lado de los Andes, de las orillas del mar, donde los hombres son de ojos acerados, recios músculos y tostada piel.

No pudo resistir desde el primer momento la penetrante mirada de los ojos grandes de la selvática ni tampoco sustraerse al encanto irresistible de su voz.

Y se unieron. Para él ella tenía el imán poderoso de su exótica belleza; para ella él era la encarnación de su ansiado sueño.

Tejieron su nido junto a una clara laguna y al amparo de la florida espesura e inspirados en la exuberancia que los rodeaba se dedicaron a amarse con toda la potencia de su juventud.

Pero llegó un día en que ese amor, tan grande e intenso, hubo de tornarse trágico porque de improviso él enfermó de tristeza, tornándose hosco y huraño, pensativo y melancólico.

Horas y días pasaba silencioso con la mirada perdida en el recodo del río, por donde se deslizaban las aguas hacia el mar remoto, o en el cielo infinito que cruzaban las nubes en tropel y las bandadas de pájaros emigrantes, que se lanzaban en pos de añoradas lontananzas. Tal

vez al mirarlas recordó las aguas, las nubes y pájaros del puerto de donde partiría a recorrer el mundo, sediento de conquistas y de aventuras.

Y el dueño de Shilli, la encarnación de sus anhelos, se consumía de nostalgia. En vano ella trataba de animarlo acabando también por decaer.

Pensamientos grises, dudas punzantes, sentimientos crueles la envolvieron como los parásitos envuelven a la fresca planta aniquilándolas despiadados.

El silencio de la noche a veces le oía cantar:

“Pasarán los meses, pasarán los años,
la fresca laguna donde está estará,
Pero, tú, mi dueño... ya no te hallarás!
Te buscaré, entonces, de noche y de día
Bajo las palmeras, entre el renacal,
preguntando al río, preguntando al lago:
¿No han visto a mi dueño por aquí pa-
sar?”

Cuando Shilli despertó un día del profundo sueño en que las continuas vigi-
lias la sumieron, ya él no estaba.

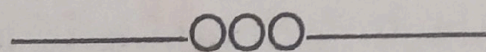
Desesperada, casi enloquecida, se internó en la selva en busca de su amante.

Durante mucho tiempo sus sollozos lastimeros llenaron la espesura hasta que

de tanto gritar se apagó su voz, por lo que "Intirré", el espíritu creador de la selva, compadecido de su dolor y para perpetuar su abnegación la convirtió en "la flautera" que va de rama en rama cruzando incesantemente la selva infinita, desgranando por todas partes las notas inconsolables de su lamento.

Así va "la flautera" por la selva buscando a su perdido amante, llamándole con la dulzura inefable de su canto mientras él vaga por el mundo cada vez más enfermo de tristeza y de nostalgia". (1)

Calló la joven y ambos quedaron absortos contemplando el río.

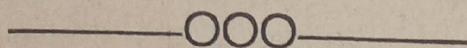


Ya el barco fluvial había dejado atrás los centros poblados sólo se distinguía en ambas márgenes del río la exuberante manigua.

La visión panorámica que se obtiene de la selva es un conjunto espectacular, soberbio e intrincado, por donde se voltee la vista el verde esplendoroso se despliega infinitamente y se perenniza en una exuberancia imponente, abigarada de árboles gigantescos y majestuosos, de arbustos endebles y raquíti-

(1) "Sangama" de Arturo Hernández.

cos, de hierbas pequeñas e insignificantes y de parásitos misteriosos, cual vorágine vegetal en confabulación para hacer sentir su hegemonía sobre el hombre.



El primer día de travesía transcurrió para todo el pasaje ameno, novedoso y sin incidentes. Quedaron atrás durmiendo sobre las riberas, multitud de caseríos y de pueblos, casi todos iguales vistos desde el río; el último ha sido Pevas...

Con sus luces encendidas el gran barco, en medio del río, parecía una casa de varios pisos y toda iluminada que avanzaba como un monstruo de leyenda.

Los pasajeros noctámbulos se agrupaban en el pequeño salón o escuchaban desde las ventanas que dan a los corredores a una joven pianista que deslizaba sus delicadas manos sobre las teclas.

Ernesto García aplastó la colilla de su cigarro y entrecerró los ojos. El piano, a lo lejos seguía sonando. Era una música agradable y suave; a intervalos se hacía enérgica y trepidante pero tan sólo durante unos compases, pues en seguida volvía a ser delicada y lánguida como una caricia que no se sabe dónde va a terminar...

Todos estaban absortos y quietos...

—SOCORRRRRRRRROOOOOOOO!!!!

El grito sacudió como una corriente eléctrica: la pianista dejó súbitamente de tocar, García saltó de su asiento, todos volvieron la mirada hacia la puerta del salón donde, con los ojos desorbitados y en ropa de dormir, acababa de irrumpir una obesa dama...

Era la señora Enith de Mosqueira, cantante retirada, en viaje a Belén do Pará, la que con voz entrecortada trató de comunicarles lo que le había sucedido:

—Un enmascarado... en mi camarote...
... me ha robado mi precioso juego de esmeraldas... el que me regaló el Vizconde de Río Branco... ¡Qué horror!... ha podido matarme...!

Monsieur Tenaud pensó inmediatamente en la bolsa de gamuza con libras esterlinas que estaba en la caja fuerte del contador del barco. La señora Elisa de Fideli en su colección de záfiro, rubíes, amatistas, aguamariñas y topacios que llevaba a París para una exhibición. Y George B. Mitchell en el maletín donde estaban las instrucciones secretas, dadas por el Primer Ministro británico Sir Edward Grey, sobre su difícil misión.

Minutos después, el Capitán Lores entraba pisando fuerte en el salón:

—Acaba de producirse un cuantioso robo a bordo... el Primer Oficial en este momento está investigando a la tripulación... Segu-

ramente muchos de los señores pasajeros no han cumplido con depositar sus valores en la caja fuerte del contador del buque... Les suplico hacerlo... Por favor, sírvanse retirarse a sus camarotes y no se muevan hasta que se les llame... Eso es todo... Buenas noches...

—OOO—

A la mañana siguiente todo era conjeturas y suposiciones. Ya habían sido incomunicados los principales sospechosos: el camarero Li Chang quien no tenía testigos de que había estado tomando aire en la popa una hora antes y hasta una hora después de cometido el atraco, estando de servicio. El tahur Marcial Vélez, quien acababa de perder una fuerte suma en el transcurso del día y no tenía con que pagarla. Y el tercero era el tripulante Amílcar Burga, quien, sin ninguna explicación, había hecho su atado de ropa manifestando que tenía que desembarcar en Caballococha cuando su contrato era hasta Mañaos.

Se revisó el barco concienzudamente, se restringieron los movimientos y actividades, a pedido de Ernesto García, investigador privado que, a pesar de viajar en vacaciones, se ofreció a ayudar a las autoridades del barco y del joven bogotano Jorge Rivera, quien era el más entusiasta colaborador de la pesquisa.

—¡Caballococha a la vista!

El Capitán Lores estaba decidido a detener el buque todo el tiempo que fuera necesario para descubrir el robo con la colaboración de la gendarmería y autoridades del pueblo.

Todo el pasaje se agolpó en la barandilla de estribor para ver las maniobras de fondeo frente a la localidad, capital del distrito, mientras la motonave hacía sonar la sirena.

Entretenidos como estaban todos, sólo tres tripulantes y un camarero pudieron observar que por la banda de babor un hombre, en mangas de camisa, corría detrás de otro en traje blanco...

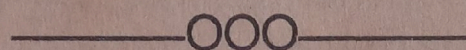
En el momento en que iba a darle alcance el perseguido trepó sobre la barandilla con manifiestas intenciones de lanzarse al río... Ernesto García, que no era otro el perseguidor, a duras penas pudo aferrarse a la chaqueta del delincuente que con rápido movimiento se deshizo de ella.

Un chapoteo indicó que el ladrón había caído al agua y nadaba vigorosamente en dirección a una canoa que se había desprendido de la ribera... mientras el contramaestre le descargaba íntegramente la cacerina de su pistola...

El Segundo Oficial hizo dos disparos con su revólver mientras García hurgaba los bolsillos, donde en un paquete encontró las esmeraldas robadas.

En el membrete de la americana figuraba una sastrería de Londres y en la cartera de cuero de cocodrilo una cuantas tarjetas con un nombre: ¡JORGE RIVERA...!

Después del incidente del robo, con la restitución de las joyas que quedaron bajo siete llaves en la caja fuerte del contador del buque y habiendo dejado el asunto de la captura del impensado ladrón en manos de la policía de Caballacocho que, dicho sea de paso, veía más fácil encontrar una aguja en un pajar que a un hombre fugitivo en la maraña de la selva, el viaje continuó con algo de desconfianza que sólo desapareció cuando arribaron a Tabatiga, donde debería controlarse el paso de frontera.



La enorme cicatriz que iba de la patilla a la boca del cauchero Demetrio Paucate, recuerdo de un duelo a machetazos, se movió cuando éste le preguntó a su interlocutor, al reiniciar la nave su marcha:

—Así es que para Ud. existieron realmente las Amazonas?

El Ingeniero Miguel Reátegui, ya conocido nuestro, demoró un poco en contestar mientras daba dos largas chupadas a su cigarro de hoja:

—Personalmente creo que sí... el Padre Gaspar de Carbajal, compañero de Orellana y

cronista de la expedición, menciona en su "Relación" que a poco de descubrir el gran río sostuvieron reñidos combates con un poderoso ejército "montado" de guerreras altas, hermosas, desnudas y valientes que los rechazaron sin dejarlos desembarcar por varios días. La publicación de esta "Relación" que no era otra cosa que un minucioso diario de la gloriosa aventura, desató una tremenda polémica. Se acusó a Carbajal de querer trasplantar a la nueva región descubierta la leyenda de las "amazonas", guerreras de Tracia, en el Asia Menor, existentes en la Edad Antigua... se le arrojó el estigma de mentiroso y fantaseador... se olvidó que Carbajal era fraile y que los religiosos generalmente son los menos llamados a crear embustes.

—Pero... alguien ha investigado o comprobado algo sobre esto? —arguyó el cauchero.

—Sí, cuatro siglos después, dos hombres ansiosos de desentrañar misterios, Pedro Portillo y Salomón Corriat, que no necesitan presentación por ser bien conocidos, montaron una expedición para saber por ellos mismos algo de verdad sobre el asunto. Pedro Portillo, el Coronel explorador, a la sazón era Prefecto de Loreto y su amigo Corriat dominaba, además del español, inglés, francés y portugués, catorce dialectos de la Hoya Amazónica. En un cuaderno del viaje el ilustre explorador

y políglota afirma que, después de recorrer varios ríos, surcaron el Tamboryacu, cerca del Amazonas y luego de algunas horas llegaron a Yaruma-Cocha donde descubrieron un antiguo poblado indígena. Después de la desconfianza inicial y numerosos ensayos lograron comunicarse en "urarino", pidiendo hablar con la "nacmi" o madre de la tribu. Al encontrarse delante de ella la anciana matrarca les preguntó qué comerciaban y qué dialecto dominaban mejor, contestándosele que el "wito-to", en cuya lengua dio respuesta a las ansiosas preguntas de los exploradores.

—Siga, siga . . . —lo animó Paucate, muy interesado en el relato.

—Coriat le explicó que no deseaban comerciar ni cambiar nada y que sólo querían saber si era cierto que ellas descendían de una tribu guerrera integrada exclusivamente por mujeres luchadoras y hermosas y si tenía conocimiento o datos de aquella tribu desaparecida, a lo que la anciana les contestó que habían pasado muchísimas "alagadas" o inundaciones y que ya nada de eso quedaba, que efectivamente sus antepasadas por tradición de madres a hijas, eran las "miacabas", mujeres guereras muy valientes, que no permitían a ninguna otra tribu habitar desde el río madre hasta esos lugares. La gran nación comenzó a decrecer cuando muchas guerreras no regresaban y entonces otras tribus fueron

adueñándose de la zona y éste era uno de los pocos pueblos descendientes que quedaban.

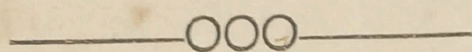
—Y los raptos de hombres y las fiestas báquicas? —preguntó intrigado el cauchero.

—Al preguntársele sobre las bacanales a que estaban acostumbradas, según decir de algunos escritores, aseguró que no era cierto, que sólo a la reina le era permitido tener marido, escogido entre los más altos y hermosos de las tribus aledañas; por eso, ninguna comunidad las aventajaba en orden y buenas costumbres; de las labores domésticas y agrícolas se encargaban las siervas, reclutadas de las comarcas vecinas. Asimismo, era falso que se cortaran el seno derecho para manejar más fácilmente el arco y la alusión a este detalle provocó la risa de la anciana quien dijo que no había ningún impedimento y que a quién habría podido ocurrírsele semejante disparate.

—Y en realidad montaban a caballo?

—En cuanto a sus supuestas cabalgaduras la nacmi les aclaró que no montaban en animales terrestres sino en trozos de palo de balsa o "topas", como ellos los llaman, ya que las canoas por su inestabilidad sólo servían para pescar o viajar, más no para acciones violentas de guerra, cuerpo a cuerpo. Mientras la anciana explicaba que sus antepasadas eran expertas en el uso del arco, lanza, jabalina, macana y pucuna, y que eran altas, hermosas y bravas, el Coronel Portillo se

hizo trasladar al cementerio cercano y fotografió varios esqueletos a flor de tierra, el menor de los cuales medía más de un metro setenta y cinco centímetros. Eso es todo lo que sé sobre las legendarias "miacabas", a las que Orellana llamara Amazonas y que dieron origen al nombre hispano del famoso río-mar —concluyó Reátegui señalando sobre la borda, dos juguetones delfines que seguían a la nave.



Al cabo de un día de navegación sin contratiempos pasaron frente a la población de San Pablo de Olivencia y como faltaban escasas veinticuatro horas para llegar a San Antonio de Izá, donde desembarcaría la Comisión Mixta y una buena parte del pasaje, a Mr. Fuller se le ocurrió organizar por la noche una fiestecita, en la que todos los que quisieran podrían demostrar sus habilidades en el canto, baile o tocando algún instrumento.

Esa noche, pues, desde las orillas podía oírse perfectamente, en el silencio de la selva, los acordes musicales de los instrumentos y las entonadas voces de los cantores.

Los esposos Da Silva se bailaron una "machicha" brasilera en medio de los calurosos aplausos de la concurrencia.

Ernesto García con la hija de los esposos Altuna hicieron el deleite del entusiasmado

público con los requiebros de una marinera peruana, que corearon y acompañaron con palmas algunos tripulantes desde las ventanas del salón, con la complacencia del Capitán Lores.

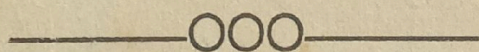
La señora Mosqueira cantó con potente voz una Aria de Verdi, acompañada al piano por Monsieur Tenaud.

El Dr. Dickie y Mr. Brown en un afiatado dúo, cantaron una vieja canción escocesa.

Y por último, Mr. Fuller estimulado por algunos whiskies, enseñó a bailar a varias damas una vieja danza del Oeste americano.

Mr. Mitchell rió de buena gana ante la ocurrencia de su colega pero se excusó cortemente cuando varias chicas quisieron hacerle bailar el antiguo "hockey-pockey" británico.

El amanecer los sorprendió frente a San Antonio de Izá.



Don Julio C. Arana dejó a los miembros de la Comisión en el pequeño albergue con un "Nos veremos en Manaos" y volvió a embarcarse, mientras que desde el puente y barandillas el Capitán Lores y los pasajeros que seguían viaje hacían adiós a los que se quedaban.

Carlos Rey de Castro reunió a todos los integrantes de la expedición en el come-

dor y les dió los lineamientos generales de cómo pensaba se iba a desarrollar la siguiente parte del viaje:

—En primer término tenemos que conseguir un buen guía, luego, un bote grande a motor y acondicionarlo bien. Con los implementos que hemos traído y los que compraremos aquí, por cuenta del Gobierno peruano, nos equiparemos adecuadamente...

—Nos repartiremos el trabajo por equipos...

—Y el itinerario del viaje? —preguntó Mr. Fuller.

—En líneas generales surcaremos el Putumayo hasta la desembocadura del río Igarapará, remontando éste último hasta "La Chorrera", uno de los centros poblados y de trabajo establecido por la Compañía Arana y Hermanos; de allí, por trocha, a "El Encanto" sobre el Carapará, luego seguiremos hasta "Ultimo Refugio" y campamentos que encontremos, o visitemos, inopinadamente otros... Dentro de algunos días con mayor información precisaremos más detalles... de acuerdo? Y ahora a darnos un buen baño!

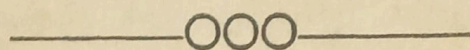
—OOO—

Los equipos se pusieron de inmediato en actividad.

Mitchell y Brown se encargarían de la revisión y distribución de armas.

Fuller y Reátegui de todo lo referente a víveres y vestuario.

El Dr. Dickie, por supuesto, de las medicinas y Rey de Castro de la contratación del personal, adquisiciones diversas y coordinación de las actividades de los otros grupos.



Con el sombrero de paja de ancha ala en la mano, Ricardo Alcázar fue presentado a la hora del almuerzo a los expedicionarios con estas palabras, dichas sencillamente por Rey de Castro:

—Les presento a uno de los pioneros más notables de la Amazonía, el señor Alcázar, quien será nuestro guía y estará a cargo de toda la parte operativa de la expedición; ha tenido la gentileza de aceptar la difícil misión de facilitarnos el cometido de nuestra empresa, ha pedido de su compadre, el señor Fitzcarrald... En nombre de todos lo invito a tomar asiento...

—Gracias —dijo el nombrado y se sentó.

Como buenos diplomáticos los cónsules lo observaron con ojo clínico, pero disimuladamente.

Alcázar era un hombre de mediana estatura, de amplio tórax, músculos abultados y piel tostada por el inclemente sol de la jun-

gla. Hablaba pausadamente y cantando, como buen selvático, pero clavaba fijamente los ojos en la persona a quien le dirigía la palabra.

—Español? —le preguntó Mitchel.

—A medias; mi padre lo fué. Mi segundo apellido es Tenazoa, mi madre me dio a luz en Iquitos, lugar también de su nacimiento.

—Conoce algún país europeo? —inquirió a su vez Fuller.

—Nunca tuve oportunidad de separarme del medio en que vine al mundo... Conozco sólo la selva del Perú, Brasil, Colombia y Bolivia...

—Medio continente —sentenció Reátegui.

Parecía que la reacción de Alcázar era lenta por su calmosa manera de hablar, pero todos se desengañaron cuando atrapó velozmente un tenedor, empujado inadvertidamente por Brown, antes que cayera al suelo y cuando estaba contestando una pregunta, mirando en otra dirección.

—¿Fitzcarrald...? me suena ese nombre —intervino Dickie.

—Naturalmente —respondió Rey de Castro— es el descubridor del itsmo que lleva su nombre entre las cuencas del Amazonas y del Madre de Dios...

—Y el hombre de las "siete vidas" añadió Alcázar — mi compadre es uno de

los pocos hombres que ha salvado de una puñalada que le pasó raspándole el corazón, de la picadura de una víbora "jergón" y de tres naufragios en ríos infestados de pirañas, caimanes y caneros.

—¿Cómo es eso de un itsmo en plena selva? —inquirió nuevamente Mitchell.

—Muy sencillo —contestó Alcázar — Don Carlos Fermín Fitzcarrald, en una de sus numerosas exploraciones, remontó el Ucayali hasta el último de sus afluentes, el Caspajali, caminó quinientos metros con la canoa al hombro, ayudado por sus remeros y poniéndola en el Serpalí estuvo en unos días, después de bajar el Manú y el Madre de Dios, nada menos que en Puerto Maldonado...

—Maravilloso... —aplaudió Fuller — sólo en la selva y con hombres como este señor Fitzcarrald pueden suceder estas cosas... Y dónde nació este nuevo titán?

—En San Luis, provincia de Huari, departamento de Ancash, hace unos cincuenta años, de padre norteamericano y madre peruana.

—Creo que eso se merece un trago, nó? —concluyó festivamente el Ingeniero Reátegui.

Y todos levantaron sus copas.

La actividad de Ricardo Alcázar fue asombrosa y todos se convencieron de que había sido una bendición encontrar semejante guía.

Su habilidad iba desde hacer en unos cuantos minutos con un machete, una barba-coa hasta reunir indígenas esquivos y derribar un grueso tronco de unos cuántos hachazos. Hablaba incontables dialectos, conocía las propiedades de las hierbas, predecía con precisión el tiempo y había conocido en sus mocedades a Humboldt y Raymondi, cuando sucesivamente navegaron por el Amazonas.

Hablaba poco pero trabajaba mucho.

En unos cuantos días, en las afueras del pueblo, estuvo levantada la ranchería donde se almacenaría el numeroso equipo necesario y donde se alojarían los hombres enganchados.

Lo único que los demoraba ahora para conseguir el bote con capacidad para las toneladas que necesitaban; Ricardo propuso construirlo y Rey de Castro pidió unos días más de plazo, vencidos los cuales, autorizaría su construcción.

En los ratos libres cada uno de los miembros de la expedición se dedicaba a lo que más le gustaba, tomando contacto con la selva en la cual se iban a internar.

Así Reátegui tomaba muestras de los diferentes suelos, Brown practicaba sus dialectos.

tos con los aborígenes, Dickie visitaba enfermos y administraba remedios, con el natural descontento de los brujos de los caseríos a inmediaciones del pueblo, Rey de Castro cazaba o pescaba en compañía de Alcázar, Fuller tocaba su armónica meciéndose en la hamaca y Mitchell hacía largas caminatas, fruto de las cuales eran las misteriosas anotaciones en us Diario secreto, como ésta por ejemplo:

“La selva da la impresión de una gran fertilidad, pero el suelo no es bueno y los productos son de una calidad pobre. Los aborígenes despejan, con gran trabajo, un trecho y dejan los árboles caídos sobre el suelo hasta que se secan; los queman entonces y las cenizas contribuyen a enriquecer el terreno”.

—OOO—

Una de las mejores adquisiciones en materia de personal para la expedición fue la de Enrique Amasifuén Shupinjahua, don Enrique, como lo llamaban en la zona. Después veremos por qué se había ganado el “don”.

Era nauteño y había llegado al pueblo con un cargamento de bolas de jebe, las que remató rápidamente a fin de estar expedito para engancharse en la aventura, al primer pedido de Alcázar.

Alto, enjuto, musculoso, cincuenta y cinco años, el rostro cetrino y pelo blanco, tenía entre otras buenas cualidades, que las iremos descubriendo, la de entretener a los demás contando a las mil maravillas las leyendas y los cuentos de la selva.

Desde la primera noche en que se incorporó atrajo la atención de los demás compañeros contándoles historias de brujas "achquinviejas" duendes "chullachaquis" y almas en pena "tunchis", con gran maestría.

Tan rápido corrió su fama que los miembros de la Comisión, una noche, después de la comida, decidieron dejar el hotelucho y, desplazándose a la ranchería, participar de sus historias cómodamente ubicados alrededor de la hoguera.



Aquella noche el Dr. Rey de Castro, a pesar del sofocante calor, se echó muy contento sobre la cama, solamente en ropa interior.

Haciendo un balance de sus actividades del día comprobó que la suerte le había sonreído en varios aspectos.

En vez de un pesado bote de veinte toneladas que iba a comprar había conseguido dos de diez, gracias a los buenos oficios del Alcalde del pueblo, quien se interesó ante el

dueño de un gran aserradero, situado a un día de distancia.

En la tarde había llegado al hotel, de tránsito, una guapa brasilera, con la que había intercambiado prometedoras miradas y sonrisas.

Finalmente, habían llegado ya las instrucciones de detalle que le enviaba el Gobierno peruano sobre la manera como debería conducir la investigación; los poderes lo convertían en un verdadero juez.

Iba a comenzar de nuevo la lectura del telegrama cuando tres golpecitos en la puerta lo hicieron levantarse, ponerse la bata y guardar el papel en el cartapacio de cuero que había dejado sobre la mesa.

Luego, abrió la puerta.

En el marco se dibujó la silueta de la mujer que había llegado esa tarde.

Era morena, de busto prominente y caderas ampulosas, su cintura era de una finura increíble, subrayada por un ancho cinturón negro que delataba aún más la altivez del busto. Sus ojos eran intensamente negros y sus labios rojos formaban una línea voluptuosa.

Vestía blusa de encaje crema y una falda gris larga hasta los tobillos y que, por lo ajustada, denotaba sus muslos bien formados.

Habló lentamente en castellano, pero con un marcado acento portugués:

—Estoy en un aprieto de dinero y creo que tú puedes ayudarme... No me invitas a pasar?

Carlos hizo un ademán con la mano, ya que la excitación no le dejó articular palabra alguna y se olvidó, también, de cerrar la puerta, que quedó apenas juntada.

Ella se sentó en el chaise-longue y lo miró con picardía mientras decía:

—¿No me invitas un trago?... qué poca hospitalidad o es que no tienes ganas de platicar conmigo?

Rey de Castro bajó una botella de whiskey y el único vaso que había en el pequeño estante y se lo entregó mientras traía otro del cuarto de baño, luego de tirar apresuradamente la escobilla de dientes.

Aunque no era un experto en tales asuntos, inmediatamente se hizo cargo de la situación, así que, después del primer brindis, la abordó decididamente:

—Así es que estás apurada de plata, no? y qué es de ese flaco con cara de Mefistófeles que te acompañaba?

—Es sólo un amigo que me acompañó hasta aquí y mañana se regresa a Manaos. Y tú, vas para Iquitos...?

Rey de Castro se acercó decidido:

—A dónde voy no puedo llevarte y en cuanto a ayudarte, depende de tí...

La mujer acentuó su sonrisa picaresca y le replicó:

—Quédate un rato en el cuarto de baño mientras me pongo más fresca... No salgas hasta que te avise, ya?

El obedeció aunque, al cerrar la puerta del baño tras de sí, experimentó una inquietud extraña al ver tan fácil el encuentro, como si todo estuviera preparado, por lo que de un golpe abrió la puerta... y su sospecha quedó ampliamente confirmada, pues la mujer buscaba afanosamente en su cartapacio de papeles y al verse sorprendida lanzó un pequeño grito, mientras Rey de Castro la tomaba bruscamente del brazo, obligándola a sentarse en el diván... Respiraba con dificultad y su pecho subía y bajaba empujando con turgentes relieves la apretada blusa.

—¿Quién te mandó a revisar mis papeles?... ¡Habla!...

—Es de más... No te lo voy a decir... y con el pie empujó la mesa donde estaba la lámpara de kerosene, que rodó con estrépido dejando el cuarto a oscuras.

Casi al mismo tiempo, desde la puerta que estaba entreabierta, una sombra se abalanzó sobre él, por la espalda. A pesar de ser sorprendido por el ataque, no produjo el éxi-

to deseado pues Rey de Castro pudo hacer una palanca con el cuerpo y envió a su adversario volando por encima de la cabeza... La mujer se escabulló, mientras tanto, en la oscuridad y cuando Carlos se precipitó sobre su contrincante, un objeto duro lo golpeó fuertemente en la cabeza...

Con el ruido se encendieron varias luces y acudieron de las piezas vecinas, mientras el atacante se escurría en la penumbra del corredor.

Una palangana de agua fría en el rostro volvió a Rey de Castro a la realidad:

—Don Carlos, creímos que se había pegado una borrachera fenomenal y le habían dado diablos azules... —dijo Fuller, mientras Reátegui y Brown lo ayudaban a levantarse.

—Mi país me ha concedido poderes de juez en la investigación, por si alguno le interesa lo que decía el telegrama confidencial— se limitó a decir Rey de Castro, por toda explicación.

—Acuéstese para examinarlo —le conminó Dickie.

—No, gracias, ya estoy bien, acuéstense todos que mañana tendremos un día de mucha actividad.

—OOO—

Varios días después, la expedición estuvo lista para partir: los dos botes acondicionados con techo y entarimado para dormir, la impedimenta embarcada, los hombres en el muelle.

Al primero de los botes saltó Alcázar, que vestía una camisa blanca, un pantalón ceñido y su infaltable sombrero de paja y afilado machete.

Junto a él surgió el Honorable Stuart J. Fuller, con casco de corcho, anteojos ahumados para el sol, anteojos largavista colgando del cuello, carabina Winchester en el hombro derecho y aparejos de pesca en el izquierdo, mochila de boy scout en la espalda. Del cinturón cuajado de cartuchos pendía del lado derecho un descomunal revólver Colt y del izquierdo, un bolsón conteniendo linternas, útiles de aseo y cien cosas más. De innumerables correas pendían: brújula, cuchillo de monte, cantimplora, máquina fotográfica y machete...

El ingeniero Reátegui lo recibió festivamente:

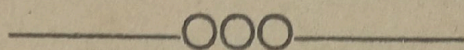
—Salud! árbol de navidad.

Todos soltaron la risa. Resoplando, Fuller se despojó de todos los adimentos dentro de la lancha.

—Si se cae al río con todo lo que lleva se va hasta el fondo, —sentenció Brown.

En la primera embarcación, con Alcázar y Amasifuén, viajarían los miembros de la Comisión y en la otra, a órdenes del malgeniado pero efectivo Tipto Cuñañay, seis hombres seleccionados entre los más recios. El equipaje se repartió proporcionalmente en ambos botes.

Rey de Castro estrechó las manos del Alcalde y del Gobernador que tantas facilidades y atenciones les habían proporcionado e inmediatamente Alcázar hizo la señal de partir.



Surcaron (navegaron contra la corriente del río) el Putumayo y en cinco días estuvieron nuevamente en territorio peruano al pasar frente a la desembocadura del río Yaguas. Habían dejado atrás, desde que salieron de San Antonio de Izá: Porto Novo, Sao Joao de Libertad, Itú, Ipiranga, El Marco, y media docena más de caseríos.

Navegaban de día y por las noches atracaban a la orilla, pues, era peligroso seguir adelante en vista de las numerosas "palizadas" a favor de la corriente con las que se cruzaban a cada rato las embarcaciones.

Durante todo ese tiempo Mitchel se dió abasto para escribir, Fuller para tocar la armónica, Amasifuén para narrar cuentos, Dic-

kie para tomar fotografías, y Reátegui para informarse sobre las costumbres de los pueblos amazónicos.

El espectáculo de la selva virgen a medida que iban adentrándose más en ella se tornaba verdaderamente impresionante: de día y en las orillas veían asomarse a las sachavacas (tapires), sajinos, venados, yunguturus y multitud de grandes roedores como el majaz, el ronsoco, el añuje, etc., en tanto que por los árboles, mezclados con la enorme variedad de monos, hacían piruetas las ardillas, los achunis, los shihuis. De las ramas más altas colgaban los pelejos, de tronco en tronco el feroz manco buscaba sus presas, y el grito de los loros silvestres repercutía en la maraña. A intervalos prolongados oíase el rugido de pumas y otorongos. En las playas los lagartos, blancos y negros, dormitaban haciendo caso omiso de los yacuapasiros, camaleones, charapas, taricayas, y demás batracios que los rodeaban.

Siguiendo a los botes multitud de bufeos y vacas marinas (manatíes) llamaban la atención de los viajeros. No pudieron ver las temidas pirañas ni las anguilas eléctricas a pesar de su marcado interés por ellas.

Conforme iban pescando Alcázar y Amasi-fuén les enseñaban los diferentes peces de río; así conocieron la gamitana, la palometa, el pez torre, el tucunaré, la doncella, el saltón ó

zúngaro, el boquichico y el sábalo. No encontraron paiches por más empeño que pusieron, en cambio sí vieron una enorme boa, una mantona cruzando el río y un cóndor de la selva volando muy alto.

—OOO—

Las respuestas de Alcázar eran precisas:

—Poco más o menos, cuántas son las especies distintas de esta variada flora que han sido clasificadas —preguntóle un día Mr. Mitchel.

—Unas cuatro mil —respondió el interrogado.

—Me parece un poco exagerado.

—Pues cuéntelas Ud. . . .

Como el tono de la conversación se fuera tornándose brusco, intervino inmediatamente Reátegui para contar una costumbre muy peculiar de las tribus de los huitotos a cuyos dominios entraban.

El ingeniero explicó al respecto que entre estos indígenas a la hora del alumbramiento de la mujer, el hombre se acostaba dando grandes gritos al mismo tiempo que se amarraba con un lienzo al cabeza, mientras la parturienta daba a luz a la orilla del río, luego bañaba al recién nacido y se reintegraba a sus labores domésticas, en tanto que el marido permanecía en la barbacoa (lecho) y

allí recibía las felicitaciones de los parientes y vecinos por el feliz suceso.

—Yo también sufro de dolor de muelas cuando mi señora da a luz; —dijo Fuller con toda seriedad.

—Entonces mi querido Cónsul a Ud. no le falta sino acostarse en la cama para recibir las congratulaciones; —apuntó Rey de Castro a la par que una carcajada general celebraba su ocurrencia.

—Y los reducidos de cabezas...? preguntó Mitchel interesándose en la conversación.

Amasifuén luego de prender un cigarro, se encargó de la respuesta:

—Tiembra el cuerpo al tener en la palma de la mano una de esas "shanas" ó cabezas reducidas, más todavía cuando uno piensa que meses o años antes esa cabeza estaba unida a un cuello como el nuestro. Y es admirable como estas cabezas, así reducidas, con los labios cosidos, sus pestañas y sus cabellos casi intactos, conservan una expresión "tan de verdad" con respecto a la cara cuando ésta tenía su tamaño natural.

—Y el proceso... le han contado algo sobre eso?... dicen que es un asunto celosamente guardado, intervino Fuller.

—Yo observé una vez, escondido en las proximidades de un caserío de "chunchos" jíbaros, gran parte de la forma cómo realizan

la reducción y creo que soy uno de los pocos que pueden contarlo.

Amasifuén hizo una pequeña pausa para darse aliento y luego prosiguió:

—Los jíbaros realizan para esto toda una ceremonia. Los "brujos" pelan las cabezas no sin antes haber hecho una serie de "pases". Luego cortan el cuero cabelludo en línea recta como si tratarán de abrir el cráneo y tirando con ambas manos logran despegarla de los huesos en un procedimiento parecido a la de quitarse una media del pie. Después se cosen los labios con fibra de palma y los párpados se fijan con tres estaquillas de una caña especial, la abertura del cuello queda sin cerrar. La piel es hervida un tiempo determinado que sólo ellos saben y con unas hierbas de las que guardan completo secreto. El momento preciso de sacarla es atribución de los brujos expertos a fin de impedir el excesivo ablandamiento de la carne o la quemadura de la raíz del cabello. En seguida por la abertura dejada en el cuello introducen arena caliente en tanto que por la parte exterior se la "plancha" con piedras u objetos al rojo, alternando esta operación con exposiciones al humo de las fogatas. El procedimiento se repite hasta que la piel queda dura y tan fuerte como el cuero curtido. La cabeza entera está reducida al tamaño de una naranja y el parecido con la persona a la que perteneció es

asombrosa. Puede decirse que son verdaderas miniaturas de los originales: las facciones, el pelo, las cicatrices, todo queda intacto... Posteriormente pasan al cinturón del guerero que les dió muerte como un preciado trofeo...

No había terminado de hablar Amasi-fuén cuando Alcázar gritó desde la proa:

—Miren hacia la "banda" izquierda!!! entre los dos grandes árboles!!!...

Un otorongo gigante acababa de atacar a una enorme boa. En forma velocísima el felino lanzó zarpasos y mordiscos a la cabeza de su adversaria, la que, encogiéndose, esquivó con rápidos movimientos el ataque inesperado, mientras el otorongo después de su primer embate se apartó apresuradamente, evitando la respuesta mortal de las fauces de la "anaconda".

La boa quedó un momento indecisa por la sorpresa del felino pero, desenroscándose, acometió a su vez, moviéndose hacia adelante y los costados en veloces zigzagueos. El otorongo, saltando a su alrededor, vuelve a la carga soltando una feroz dentellada sobre la cabeza del reptil.

La enorme serpiente al sentirse herida lanza un chicotazo tremendo con la cola que hace temblar el suelo y envía a su rival a varios metros de distancia. Luego como un resorte comprimido que se suelta de golpe, la

anaconda cae sobre su enemigo y en contados segundos lo enrosca.

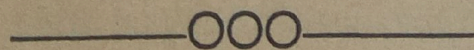
—Está perdido el otorongo!... —comentaron los que seguían desde el bote la mortal pelea.

—Calma... calma... tiene muchos recursos ese bandido; —aseguró Alcázar.

En efecto, en el momento en que la boa apretaba al felino, éste expandió sus poderosos músculos acerados, inflando el tórax como un globo y cuando el ofidio cedió un poco para preparar el próximo apretón, el tigre, soltando el aire y alargando el cuerpo, saltó como un corcho de champagne poniéndose fuera del alcance de su temible adversaria.

Minutos después y rugiendo se internó en el bosque, mientras la boa, maltrecha, se dirigió a las tranquilas aguas del río como tratando de refrescar sus heridas.

Los comentarios de la pelea, así como de otras que entre adversarios irreconciliables de la selva, vieron, continuaron largo rato mientras las embarcaciones proseguían su marcha sorteando las "palizadas".



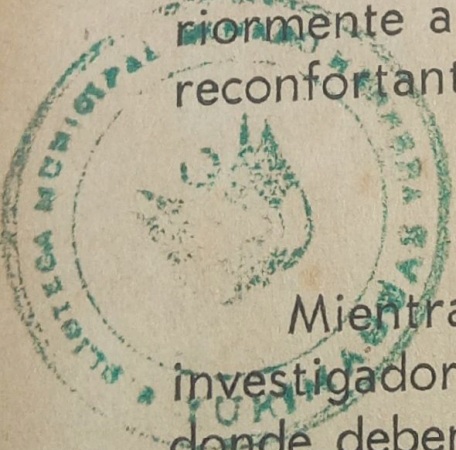
En cinco días más de navegación la expedición estuvo en Arica en la boca del Igaraparaná, afluente por la margen izquierda del tortuoso Putumayo.

Un día antes, frente a San Salvador, una recia palizada destruyó el bote de Tipto Cuñañay y como los abastecimientos totales habían sido consumidos ya en más de la mitad, no hubo inconveniente alguno en que se acomodaran todos en la primera embarcación.

Surcar el Igaraparaná fué más difícil, pues, constantemente tenían que saltar todos a tierra para halar y empujar el bote en los "rápidos" y caídas de agua que felizmente eran de poca pendiente.

Poco antes de llegar a "Indostán" volvió a cogerlos la tormenta, que les obligó a refugiarse bajo los gruesos troncos y posteriormente a armar las carpas para tomar un reconfortante descanso.

— 000 —



Mientras los integrantes de la comisión investigadora llegan a "La Chorrera", lugar de donde deben comenzar su labor, en Iquitos, la fabulosa capital del vasto departamento de Loreto donde la riqueza del caucho se derrocha a borbotones, se desarrollaba un interesante diálogo en la glorieta enclavada en la Plaza Matriz, sembrada de redondas mesitas y afiligranadas sillas en las que se sentaban los parroquianos de la cercana heladería "La Constancia" de don Emilio D' Ocampo.

El cónsul Juan Sánchez, popularmente conocido como don "Juanito", sonrió malignamente retorciéndose el bigote en tanto se dirigía en voz baja a Arturo Cova con quien estaba sentado en una de las mesas más apartadas de la glorieta.

—Así es mi querido Arturo, los compatriotas me acusan de "vendido" porque mantengo buenas relaciones con los peruanos, pero tú sabes que "más moscas se matan con miel que a palos" . . .

—Entonces, tu amistad estrecha con el Prefecto y el Alcalde es pura política . . .

—Diplomacia, mi amigo, es . . . alta diplomacia. Tú sabes que con mi simpática sonrisa he conseguido más cosas que todos mis colegas juntos.

—Y el asunto importante que me dijiste querías hablarme . . .

Sánchez dió una mirada disimulada en torno suyo y habló con voz casi imperceptible:

—Están viniendo muchos parroquianos antes de la hora habitual y pueden haber algunos de muy fino oído de manera que mejor sígueme . . .

Arrojando sobre la mesa un tintineante sol de nueve décimos fino por las dos cervezas consumidas y tomando del brazo a su confidente y compatriota, enrumbó en dirección

a la calle central de El Próspero por donde ambos comenzaron a caminar muy despacio.

He recibido instrucciones —continuó Sánchez, mirando por sobre el hombro a su interlocutor— de llevar con mucho tino la cuestión del Putumayo... La parte diplomática está muy bien conducida desde la capital; tenemos ahora más colonos y caucheros que los peruanos sobre el Caquetá y últimamente se están enviando, apresuradamente, al Putumayo hombres en su mayoría licenciados del ejército.

Don "Juanito" hizo un ademán de inspeccionar otra vez en su derredor y continuó:

—En el momento oportuno la Cancillería actuará pidiendo un plebiscito... El General Gamboa después del revez militar que tuvo, ha tenido que ir con pasos lentos, volviendo a infiltrar sus efectivos militares en los puntos claves...

Interrumpió bruscamente su exposición y con la mejor de sus sonrisas el diplomático saludó:

—Buenos días señora Morey... Parece que recién sale el sol para Iquitos!

Una vez que se alejó la dama, una de las más distinguidas y hermosas de la ciudad, Sánchez prosiguió:

—El asunto de los crímenes de Arana está llevado magistralmente. Gran Bretaña ha reclamado y la Comisión Mixta Investigadora ya está en viaje. No importa lo que encuen-

tre si el escándalo ya está hecho... y lo que falta ahora es mover el aspecto sentimental, es decir... algo así como ganar simpatías en el público latinoamericano y sajón a favor de la vida miserable, abnegada de nuestros caucheros en la selva... la forma cómo son "explotados" y cosas así por el estilo...

—Pero... cómo podríamos lograr eso?

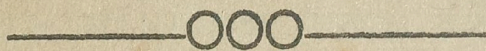
—Bueno, una parte ya la tengo: el periodista Saldaña Roca, enemigo personal de Arana, ha publicado un pasquín denominado "La Felpa" que te enseñaré cuando lleguemos al consulado y en el que lo vapulea de lo lindo. Pero sería menester una novela, vale decir, algo más impresionante... Yo creo que tengo al hombre que podría hacerlo: es un poeta de apellido Rivera, que ha venido a convalecer de las fiebres que adquirió en el río Negro. El tiene un libro comenzado creo que se llama "La Vorágine" ó algo por el estilo; lo inició durante su viaje a la sábana colombiana en la frontera con Venezuela. Quizás podría añadirsele una segunda y si es posible una tercera parte sobre la vida de los caucheros en la selva del Putumayo... pero hay que vencer primero sus tontos escrúpulos ya que se trata de una cosa para el futuro de nuestro país...

—El es gran amigo mío, pero no sé si pueda ayudarte a convencerlo porque es un hombre, al parecer, de convicciones.

británicos, judíos, chinos, japoneses y de cuanto lugar haya noticia, vienen a la selva,

—Pero está bien enfermo.. hasta creo que está tuberculoso. Hay que tocarle las fibras sentimentales y patrióticas... Ayúdame Arturo; ya lo he estado trabajando con Silva que le ha contado una historia truculenta sobre un cauchero enfermo del alma y del cuerpo que busca a su hijo por toda la selva... ¿Me ayudarás?

La respuesta de Cova fué casi imperceptible. Poco después doblaron por la calle Pastaza y luego a la izquierda, dirigiéndose hacia una casa de dos pisos en cuya fachada había un escudo consular.



La ciudad de Iquitos tenía ya en aquella época el trazo fisonómico peculiar que la ha hecho definitivamente distinta de las del resto del país.

El centro de la urbe hallábase, como actualmente, enmarcado por cuatro amplios jirones perpendiculares al río e igual número de paralelas a dichas arterias, encuadrando todas la Plaza de Armas.

Las vías perpendiculares llevaban los nombres de cuatro de las naves de la expedición que en 1864 envió el Presidente Castilla a fundar la Factoría y Apostadero Naval de Iquitos, buques que, a su vez, tenían los nominativos de cuatro de los principales ríos de la cuenca hidrográfica de la Amazonía: Morona, Pastaza, Putumayo, y Napo.

Dos de los jirones paralelos llevaban los nombres de la otra pareja de barcos de la flotilla: "Arica" y "Próspero" denominándose al Malecón "Orellana" en homenaje al descubridor del Amazonas. Finalmente el patronímico de la calle más alejada el de "Huallaga", otro de los colosos ríos de la región.

Desde la llegada de las naves fluviales e instalación del puerto y base naval, comenzó la navegación a vapor por nuestros ríos y con ésta el florecimiento de numerosas poblaciones, siendo la de mayor auge la de Iquitos que indujo al Presidente Piérola a erigirla, con ley promulgada el 9 de noviembre de 1897, en capital del departamento de Loreto. Contaba por entonces con 14 mil habitantes.

Como para concurrir a un gigantesco espectáculo, llegan por entonces a la Amazonía oleadas de individuos, procedentes de todos los rincones del Perú así como de otras naciones, especialmente europeas. Franceses,

movidos todos por el anhelo de mejoramiento económico o la sed de aventuras, convirtiendo la región en un mosaico de rasgos fisiónómicos, costumbres e idiomas.

La modalidad de trabajo es original. Se hacen operaciones comerciales a simple palabra empeñada; se habilita, con productos ó dinero, a desconocidos o analfabetos, sin la desconfianza de posibles estafas. La riqueza alcanza a todo el mundo y se derrocha en libras esterlinas.

La mercadería que en ingentes cantidades llegaba a la ciudad no caben en los almacenes, teniendo que dejarla en la calle a la luz del día y protegiéndola solamente contra la lluvia.

Por el calor sofocante, que es característica de la ciudad, en ese tiempo las casas en general permanecían con las puertas abiertas durante la noche sin el menor temor de robos o asaltos.

No había cárcel. El poblador era de espíritu festivo y el ambiente tenía sabor familiar, pues, todo el mundo se conocía. De esa pintoresca época las cosas han cambiado mucho en la capital loretana.

A partir de 1884, sin ceñirse a ninguna técnica arquitectónica, la construcción de grandes edificios comenzó a intensificarse, tomándose como modelo, y acomodándolos al medio ambiente, a los más famosos de Eu-

ropa, a cargo de laboriosos e inquietos profesionales unas veces, y de los mismos albañiles ó empíricos constructores, otras. Destacaron en esta empresa los españoles, portugueses e italianos, quienes levantaron las primeras moradas familiares y edificios públicos con fachadas cuyo sello característico son los zulejos importados bien de España o de Portugal.

Iquitos a comienzo de siglo es fuertemente influenciada por la corriente europea, pues, prácticamente con la navegación a vapor interoceánica, se coloca más cerca del Viejo Mundo que de la capital del país, entre las que se levanta una tremenda muralla, la Cordillera de los Andes, que solamente podía ser franqueada por las rutas terrestres de Cajamarca o del Pichis. Ambas vías de enlace eran largas y penosas donde forzosamente tenía que utilizarse una combinación de medios de transporte: fluvial y malos caminos de herradura.

El viaje de Iquitos a Lima por el Pichis, duraba más de un mes y otro tanto por la de Cajamarca; en cambio, la influencia del Viejo Mundo sobre la capital amazónica se deslizaba fácilmente a través de las líneas de vapores que hacían el itinerario regular entre Europa y esta parte de Sudamérica, cuyos trasatlánticos atracaban cómodamente en Iquitos.

Naturalmente, esta influencia también se dejó sentir en la manera de vestirse y otros aspectos. De esta manera las damas lucían modelos adquiridos en la casa comercial "Ville du Paris" de la firma Martín Morden y Compañía, ubicada en la calle Próspero cuando no importaban sus vestidos directamente de la Ciudad Luz. Los caballeros, por su parte, exhibían la última palabra del corte inglés ó italiano, confeccionados con casimires u otras telas finísimas de otros países nada menos que en la sastrería "New England Taylor" del renombrado Nicolás Altieri.

No obstante las condiciones climatéricas, la asistencia a las oficinas y hasta a las tertulias, era con saco, cuello, corbata, esca-pi-nes, bastón, guantes y sombrero. Por la calle no había caballero que caminara descubierta o en mangas de camisa, sin importar-le aparentemente el intenso calor.

A las funciones del antiguo teatro "Alhambra", situado en la Plaza de Armas, al costado derecho del actual Palacio Municipal, se concurría trajeado en la mejor forma, especialmente los asistentes a palco que lo hacían con vestido de etiqueta.

Eran espectáculos usuales la ópera, el ballet o el concierto de gala, cuyos ejecutantes eran traídos especialmente de Europa en barcos fletados para el efecto, cuando todavía el resto de Sudamérica no veía estas ex-

presiones artísticas. Los bailes comenzaban siempre con la cuadrilla francesa.

Dentro de las costumbres familiares el cultivo de la música y de la tertulia era, asimismo, peculiar. Se realizaba de la siguiente manera: dentro de la casa señalada para el efecto, con las puertas abiertas de par en par, se instalaba el conjunto de música de cámara, generalmente compuesto por miembros de las familias asistentes, y, a lo largo de la vereda, e inclusive parte de la calle, se acomodaban las sillas para todos los concurrentes. El pueblo también participaba de ella debidamente ubicado en derredor y solía premiar con aplausos las interpretaciones de su agrado. En ciertas ocasiones se acostumbraba servir chocolate, pastas y refrescos.

Igualmente para esparcimiento del pueblo, disponían las autoridades de varias bandas entre las cuales la más famosa era la "Banda Recreativa Lusitania", dirigida por el español Domínguez primero y luego por Juan Ford. También amenizaba en forma estable la Compañía Española de Zarzuelas y Operetas "Lucas Rodríguez".

Otra costumbre muy difundida entre las familias distinguidas de la sociedad iquiteña de antaño era la de educar a sus hijos en los mejores colegios europeos.

Otra nota típica y por demás pintoresca de la época la constituyó el ferrocarril urba-

no que hacía el deleite de grandes y chicos, pues, era entonces el único vehículo motorizado existente. El precio del pasaje era de diez centavos y la ruta partía de la Plaza de Armas enrumbando por la primera cuadra de la calle Napo para tomar el Malecón por donde subía hasta el Jirón Omaguas (hoy San Martín) y entraba luego a la calle Próspero hasta terminar en el punto de partida.

—OOO—

Sajamí había pasado varias horas con la cabeza metida en el motor cuando se incorporó pronunciando con el característico laconismo loretano:

—No vale.

Estaban frente al puerto cauchero de Santa Rosa, a un día por tierra de "La Chorrera": Rey de Castro se volvió hacia los cónsules y les dijo:

—Podemos hacer dos cosas: mandar una pareja de muchachos abriendo trocha y esperarlos acá visitando las estradas (plantaciones) que estén en los alrededores, ó continuar todos a pie hasta "La Chorrera"... ¿qué les parece?

Mitchell, Fuller, Dickie y Brown estuvieron de acuerdo en que después de tantos días de navegación no les vendría mal caminar por tierra.

Adoptado este último temperamento fueron despachados dos buenos "materos" ó "rumberos" (como decían los colombianos), Venancio Napuche y Prudencio Astuquipón, a quienes se les dotó de dos buenas carabinas y todos los implementos necesarios para pasar varios días, a más de su paga completa a pedido del primero que tenía ascendencia huitota.

Con su actividad acostumbrada Alcázar hizo armar el campamento y prender fuego para cocinar los alimentos, luego se echó su escopeta a la espalda para reforzar el rancho con un par de buenas piezas silvestres, cosa que lo hizo rápido como buen mitayero (cazador).

Estaban todos los miembros de la expedición sentados a prudente distancia de la lumbre, soportando el recio calor y las miríadas de zancudos que aumentaban por oleadas conforme atardecía, cuando Amasi-fuén se incorporó para depositar entre ascuas un manojo de ramas secas que, al prenderse, crepitaron levantando una llamada.

La selva que los circundaba se iluminaba y palidecía con las reverberaciones de la luz cuyos destellos desaparecían a sus espaldas dominados por la oscuridad. Después de arder un rato las llamas empezaron a descender y se hicieron cada vez más tenues y azu-

ladas, repitiendo entonces la operación de mantener el fuego otro de los expedicionarios.

Aplastándose un montón de zancudos sobre el cuello, Rey de Castro que tenía la cara brillante de sudor, comentó:

—Pensar que León Pinelo sostuvo con toda su argumentación filosófica y bíblica que el Paraíso estuvo en la Amazonía...

—Sí —intervino sarcásticamente Mitchell— el paraíso del diablo, porque esto puede compararse a la antesala del infierno.

—Pero tiene sus cosas buenas —terció Brown con sus muchos años de experiencia en la selva— y aquí todos se transforman: nuestra naturaleza ingénita surge súbitamente y se nos impone apenas tomamos contacto con la jungla; aquí el que se llama civilizado se despoja del antifaz con que engaña al mundo porque no teme la represión ni la censura social del medio. También sucede que aquellos que como desperdicio arroja la ciudad aquí se regenera si es que les queda todavía partículas de bondad dentro de su ser.

Quedaron un momento silenciosos mientras las chicharras comenzaron su sinfonía nocturna alumbradas por las inquietantes luciérnagas.

Alcázar, muy quedamente se había incorporado al grupo sin que nadie lo advirtiera hasta que habló.

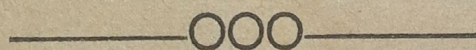
—En la selva la belleza no es cuestión de figuras o tonos sino simplemente de la emoción que produce la cosa observada. Asimismo los días y las semanas pierden importancia para dárselos a los acontecimientos...

El nuevo giro de la conversación no prospero, pues, todos prefirieron comer callados, cada uno pensando en sus problemas inmediatos matizando quien sabe, por un recuerdo a la familia ausente.

Tomando el último sorbo de su jarro de café al mismo tiempo que bostezaba, Fuller atinó a decir:

—Vamos a dormir que seguramente mañana habrá mucho que hacer...

Y naturalmente que había mucho que hacer!



Clareando el día salieron a recorrer la zona para lo cual se utilizó incluso antiguas trochas que fueron habilitadas a golpe de machete.

—Cuidadooooooo!!!

Pero al advertencia llegó tarde. Una serpiente se irguió rápidamente junto a las piernas de Mitchell al mismo tiempo que se oyó un fuerte latigazo que dejó tambaleante al inglés, mientras el reptil desaparecía entre la maleza...

—No era venenosa —dijo Alcázar por todo comentario y continuó adelante sin dar importancia al semblante lívido del Cónsul de Su Magestad británica.

Horas después llegaban a una antigua estrada. El espectáculo que presenciaron era impresionante: colgado de los brazos, un cuerpo humano en completo estado de descomposición, se balanceaba frente a una casa quemada. Por todos lados se podía apreciar huellas de un salvaje saqueo.

—Qué le parece su "paraíso"? —interrogó irónicamente Mitchell dirigiéndose a Rey de Castro.

—Qué le puedo decir?... estoy tanto o más impresionado que Ud.

A una señal de Alcázar dos de los peones, Apagueño y Murayari, comenzaron a descolgar cuidadosamente el cadáver para luego darle sepultura, mientras el resto de los expedicionarios inspeccionaban los alrededores de la casa reducida a cenizas.

—Dará cuenta? —inquirió Fuller.

—Por supuesto, al Comisario de "La Chorrera" en cuanto lleguemos... Menos mal que a simple vista se puede observar que no era británico, ni norteamericano porque nuestro colega Mitchell hubiera puesto el grito en el cielo...

—Le parecen indios Alcázar?

—También los blancos bandoleros hacen esto, asaltan a sus colegas de "trabajo" cuando no a las cocameras (chozas indígenas colectivas) en busca de niños a los que posteriormente los venden.

Las palabras de Alcázar con respecto a esto último impresionaron a todos que prefirieron guardar mutismo. Entre tanto Mitchell sentado sobre un tronco derribado, escribía en su Diario:

"Encontramos hoy el cadáver de un hombre terriblemente mutilado e izado de la rama de un árbol. Esto confirma la falta de protección de la compañía para con sus trabajadores y de lo cual ya nos habían hablado".

—OOO—

Al día siguiente, Rey de Castro amaneció muy enfermo con fiebre alta. Dickie lo atendió solícito y durante muchas horas le aplicó inyectables.

—Parecen ser las "fiebres del Putumayo" —sentenció Amasifuén— y si es que sus medicinas no dan resultado, me deja darle unas hierbecitas que conozco doctor?

Ante la modestia de la petición de Amasifuén Dickie sólo atinó a sonreír moviendo afirmativamente la cabeza.

En la copa de los árboles las cotorras y guacamayos hacían una algarabía infernal.

Los expedicionarios decidieron esperar un día más el retorno de los "materos" enviados a "La Chorrera" por un bote.

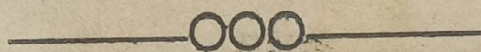
Y mientras Rey de Castro se restablecía, los diplomáticos, guiados por Alcázar, siguieron peinando la inhóspita región.

Una mañana Reátegui expresó en voz alta el pensamiento de todos:

—Parece que los ruteros se las "emplumaron" con las escopetas, los víveres y la plata. Lo que pasa es que en su vida habrán tenido tantas cosas valiosas juntas. Por lo tanto creo que no queda otra solución que trasladarnos a pie hasta "La Chorrera".

Miró en derredor como despidiéndose del lugar y acto seguido con voz de mando gritó:

—Levantar el campamento!!!



A los dos días, sudorosos y fatigados, saturados de rasguños los brazos, aunque sin mayores incidentes, llegaban al poblado. Un hombre vestido de blanco y con ancho sombrero, salió a recibirlos apenas le avisaron los peones de servicio, y acercándose les dijo:

—Juan Tizón para servirles; soy el administrador de esta zona. Pasen... pasen por favor... por aquí señores. Uds. necesitan asearse, comer y descansar.

Horas después en la oficina de la administración situada en la planta baja de la enorme casa de dos pisos con techo a doble agua, el diálogo se reanudaba.

—Veo que a pesar de los incidentes han hecho un viaje bien rápido para llegar hasta estas regiones apartadas de la Patria, pues, no los esperábamos hasta dentro de un mes todavía.

Simultáneamente que pronunciaba las últimas palabras, Tizón puso su vaso sobre la mesa en ademán de escuchar a los comisionados, quienes sucesivamente le fueron narrando los diferentes pasajes del viaje.

—No hay súbditos británicos o ciudadanos norteamericanos en esta zona? —interrogó George B. Mitchell.

—El único que queda ahora es Harry Samuel Parr, Supervisor de "Ultimo Refugio" porque Mc Bride que es escocés y el yanqui Masson se fueron vencido su contrato de trabajo a fines del año pasado... Ah! también estuvieron hasta hace seis meses diez negros de la Isla de Barbados que creo que Ud. los consideraba también súbditos británicos, aunque el gringo Mc Bride se lo llevaba una pica

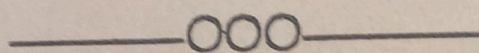
de diablos cuando le decían que los morochos eran sus compatriotas...

—Y qué fue de los barbadenses?

—Se fueron con un señor... con un señor... déjeme recordar su nombre... ¡ya! Casement que estuvo aquí de paso. Pidieron ellos su liquidación de jornales y se embarcaron. Creo que les habrá ofrecido mejores jornales... Otro vaso de cerveza?

—No, gracias; me disculpan un momento?

Diciendo esto Mitchell se retiró a su habitación.



La investigación empezó al día siguiente. Con matemática precisión sajona Mitchell planeó su trabajo y lo llevó a cabo, hiciera sol o lluvia. Arrastró prácticamente a Fuller, que quería alternar sus labores con un poco de pesca en el río y algo de tertulia ya que no tenía plazo fijo para el término de su misión.

El tenaz británico pidió al ingeniero Reátegui que le hiciera lo más pronto posible un croquis de la zona y con Brown (al que le hizo practicar los catorce dialectos que sabía) pisándole los talones caminó durante días, una por una, todas las trochas y se metió en todas las chozas, husmeando almacenes, revi-

sando estradas, inspeccionando balzas y canoas, hasta el límite de sus fuerzas.

Pidió luego al administrador Tizón le reuniera a los moradores de muchos kilómetros a la redonda para verlos e interrogarlos, ardua labor que lo hizo con la ayuda del intérprete.

Por su parte Rey de Castro, a pesar de la fiebre que lo postraba periódicamente, pero siempre activo, revisó la contabilidad y todos los libros de cuentas referente al personal de la firma, interrogó incansablemente a los peones e indígenas y, finalmente, comisionó a Dickie para que hiciera un informe sanitario de la región.

Las cámaras fotográficas como los lápices no cesaron de funcionar un solo instante. Tampoco dejó de trabajar el "manguaré", instrumento construido a base de dos trozas de gruesos tallos debidamente vaciados y con especiales hendiduras que golpean los indios con mazos de madera forrados de goma, para comunicarse a la distancia a través de sonidos especiales cual si fuera un sistema del alfabeto Morse. Al llamado de Tizón concurrieron más de cinco mil aborígenes.

Las averiguaciones revelaron pequeños hurtos entre peones, algunos maltratos personales aunque sin mayores consecuencias ejecutados por parte de los capataces que, procedentes de varios países trabajaban allí al

frente de los obreros, castigos de cepo impuestos a los delincuentes reincidentes por el Teniente Comisario Benito Lastres y un solo asesinato cometido por el cauchero colombiano ex-presidiario Emilio Mozombite en agravio de Casimiro Iquibía por motivos pasionales y cuyo expediente ya estaba en Iquitos para el respectivo proceso y sentencia.

Y las marcas de fuego o "carimbas" con que señalaban a los aborígenes que se compraban, según decía Handerburg?

Y las huellas de los latigazos ejecutados con correas que alegaba Whiffen?

Y las castraciones que señalaba Cassement?

Y los tormentos de potro y colgadura por los pulgares hasta que la víctima expiraba que pregonaba tanto Saldaña Rocca?

Y las repugnantes barracas con cadenas donde se guardaba al personal como animales que publicó la revista "Truth"?

Y las violaciones, estupro y demás delitos contra el honor sexual que había mencionado el Primer Ministro en la Cámara de los Comunes?

Y los diez mil indígenas muertos brutalmente por exceso de trabajo y castigo que señalaba el informe británico?

Y el robo en el pago por el caucho extraído por los shiringueros colombianos que editorializaba un periódico de Bogotá?

Mitchell estaba serio; seguramente todo había sido hábilmente encubierto y tan bien disimulado, a pesar de la magnitud de las acusaciones no había una sola huella, un solo testigo, aparte de los diez negros barbadenses que habían desertado sin llegar a Londres para prestar sus declaraciones.

Intempestivamente la voz de Rey de Castro surgió a sus espaldas:

—Creo que hemos visto lo suficiente en esta zona para continuar nuestra misión. No lo cree Ud.?

Mitchell asintió con la cabeza sin despegar los labios observando un rígido hermetismo.

—Qué le parece si levantamos una acta de lo que hemos encontrado y la firmamos como una constancia todos los miembros de la comisión?

A la sugerencia el diplomático inglés respondió lacónica y tajantemente:

—No estoy autorizado para firmar ningún documento.

—Mister Fuller está de acuerdo...

—Tenga cuidado Stuart, no vaya a caer en una trampa...

—Qué trampa ni qué ocho cuartos! — explotó Rey de Castro— si Ud. hubiera encontrado el más leve vestigio de cualquiera de las patrañas que sobre el Putumayo se ha levantado contra el Perú, Ud. hubiera firma-

do no una sino cien actas y hubiera tomado un millón de fotografías... Ud. es un...

—Calma... calma señores... por favor don Carlos —intervino conciliadoramente Tizón— recuerde su investidura... venga conmigo un momento...

El diálogo, que se desarrollaba en alta voz y frente a la estación central, concitó la atención del público. Lo habían oído todo, además de los miembros de la comisión, los capataces y peones, es decir, que lo habían escuchado colombianos, brasileños, venezolanos, bolivianos, peruanos y hasta el cocinero chino.

Durante el resto del viaje Rey de Castro y Mitchell no volvieron a dirigirse la palabra.

La marcha fué reiniciada por trocha de "La Chocherra" a "El Encanto", otro de los centros de operaciones de la Compañía en el Putumayo. Avanzaron en dirección nortesur hasta la boca del Caraparaná, en el sitio en que vierte sus aguas el río antes mencionado.

El guía, especialista en esta clase de jornadas a través de selva virgen prácticamente, conversaba con Alcázar, mientras los cargueiros de la expedición se acomodaban los fardos de cuarenta kilos de peso cada uno sujetos desde la frente a la espalda por "pre-

tinás" bandas tejidas especialmente para portar bultos pesados.

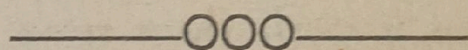
Rey de Castro, muy mejorado de la fiebre, estrechó las manos de Tizón, de Lastres, y de otros principales capataces, al mismo tiempo que dió la señal de partida.

Entraban a los dominios del intrépido cauchero, el nómada de la selva peruana, el que solo o acompañado de unos cuantos peones contratados, muchas veces, fatigado o enfermo, se lanza entre bosques desconocidos, guiado en la mayoría de los casos sólo por su instinto y siempre a la cabeza de su exiguo personal, en busca del árbol que rinde el lechoso "oro blanco" que luego se transformará en la negra y codiciada bola de shiringa.

Contra él se conjuran peligros que podrían muy bien amedrentar a un ejército: caníbales que han instalado trampas ingeniosas en la ruta y utilizan flechas emponzoñadas, víboras, otorongos, pumas, enfermedades como el beri-beri, ríos torrentosos y profundos, pantanos con miasmas letales, lluvias torrenciales, bandoleros foragidos y apatriadas. Pero él no se detiene y afronta la muerte diez veces al día, carabina y machete debe usarlos con inigualada perfección: con la primera se libra de los enemigos vivientes, con el segundo hiere los árboles para obtener algunas libras del maloliente caucho.

Sin embargo sus armas no lo protegen, a la postre, contra la extensa tahuampa (pantano) ni contra los insectos que llevan las numerosas enfermedades. Contra eso, él cuenta apenas con su fortaleza física, curtida bajo el sol y la lluvia en mil trajines por la jungla, y su indomable e inagotable coraje.

Con él comparten la lucha por conquistar la extensa Hoya Amazónica el monge evangelizador y el soldado que custodia las fronteras. Por eso, Loreto levantará algún día el Monumento al pionero de la selva en cuyo grupo escultórico estarán representados, como una trilogía legendaria: el cauchero, el misionero y el militar.



Los tres primeros días se caracterizaron por pequeños incidentes como la vez que Fuller se sentó sobre un hormiguero con las naturales consecuencias; la herida en el pie derecho de Tapullima y la "izangueada" de Reátegui. (2).

Pero el cuarto día, apenas comenzada la marcha, Alcázar se detuvo de pronto, aguzó el oído, y por primera vez durante el viaje Rey de Castro vió un destello de alarma y pánico. Amasifuén se echó de bruces en el sue-

(2) Izangos: parásitos microscópicos que se introducen bajo la piel como los piques.

lo y pegó también la oreja en tanto que los peones olfateaban el ambiente en distintas direcciones...

—HUANGANAS...!!!!

—Y parece una piara grande...!!!

—Síguenme corriendo hasta que encontremos un aguaja!!!...

Todos obedecieron la orden en un segundo. La huangana (familia del jabalí) es el mamífero nómada de la selva. Se desplaza en piaras que a veces alcanzan muchos miles de ejemplares. Son manadas de temibles fieras hambrientas, más agresivas y voraces que todos sus congéneres.

Cada piara sigue a un trío de enormes guías machos que la conmanda. En los costados y retaguardia se colocan los machos para impedir el desbande y defender a las hembras y crías del ataque de otorongos y pumas que siempre las persiguen.

El que marcha a la cabeza del trío de guías y marca el rumbo y las paradas, es el ejemplar de mayor ferocidad y resistencia; su afinado olfato lo orienta preciso sobre los dispersos manchales de palmeras, cuyos frutos se amontonan al pie de los árboles y contienen delicadas almendras que las hacen engordar.

Nada hay que se oponga a su paso cuando emprenden un recorrido. Ni los ríos caudalosos, ni las enormes cochas (lagos), ni

los chupaderos (ciénagas), ni la maraña de la selva detienen el ímpetu de la manada. Hasta las boas de gran dimensión huyen atemorizadas cuando el suelo empieza a temblar por la proximidad de las huanganas.

Minutos después de desesperada carrera, que les pareció horas a los expedicionarios, Alcázar divisó a la derecha de la trocha un extenso "tahuampal" (pantano) y con la celeridad del caso fué empujando a sus compañeros conforme llegaban a las cenagosas aguas. Amasifuén y los nativos, también expertos en estos apuros, habían comenzado a cortar cañas huecas que entregaron a los blancos enseñándoles como respirar a través de ellos bajo el agua.

—Amárrence con los cinturones unos a otros y sumérjense completamente hasta que yo les avise... Dónde está Tapullima?

El pié herido del guía nombrado lo había distanciado de los demás no obstante que había tirado hacía rato su carga y no tuvo más remedio que treparse al árbol más próximo con su carabina y canana de municiones.

El olor de la manada estaba muy cerca... el suelo temblaba cada vez más, mientras legiones de majaces, ronsocos, añujes, ardillas y toda la variedad de roedores, y demás mamíferos huían a grandes saltos... Los coto-monos, huapos, maquizapas, choros, machi-

nes, tocones y cuantos ejemplares de monos y aves había lo hacían por las ramas y por el aire...

Los disparos de la carabina de Tapullima duraron exactamente el tiempo que el árbol en que estaba subido fué derribado por los feroces mordiscos de centenares de huanganas, que en un segundo, le rodearon, atraídos por el olor y enfurecidos al ver caer varios machos que también fueron rápidamente devorados.

Con el crujir del árbol se perdió en la maraña el prolongado grito de Tapullima...

Una hora después y, temerosos los miembros de la expedición, reiniciaron la marcha sobre los escombros de árboles dejados por ese huracán terrestre sin poder encontrar los restos del buen peón para darle sepultura.

A los dos días de este desgraciado incidente, nuevamente el ceño de Alcázar se volvió a poner sombrío: el recuento de los víveres era desalentador; en el refugio del pantano se había malogrado la poca fariña (harina de yuca) que se había salvado; en aquel momento de desconcierto todo el mundo tiró la carga al suelo para correr cuanto más rápido mejor.

Felizmente las carabinas, enfundadas en sus cubiertas impermeables no habían sufrido daño alguno.

—Tendremos que racionar los víveres y aumentar el mitayo (caza) —anunció gravemente Alcázar.

Al siguiente día, mientras silenciosamente se deslizaban, sin mover una sola rama y buscando sólo la pieza donde apuntar con el arma, Alcázar sintió que alguien lo observaba. Volvió rápidamente la cabeza pero el follaje estaba quieto; sin embargo su sexto sentido le anunciaba que un "chuncho" lo había estado siguiendo. Dió un rodeo y trepó sigilosa y lentamente a un árbol, se acomodó sobre una gruesa rama y esperó muy quieto.

Al cabo de unos minutos, como una sombra, pasó por bajo el árbol un indio desnudo y pintarrajeado que se perdió luego en el follaje, sin mover una hoja ni producir el más leve ruido.

Después de un tiempo prudencial, Ricardo volvió al campamento y alertó a la gente que inmediatamente se puso en guardia, pues, un indio "bravo" (3) merodeando por allí era sin lugar a dudas una mala señal... Para remate, una "chicua" (pájaro de mal agüero cuya risotada es tenida como funesto presagio) voló sobre sus cabezas.

(3) Sanguinario, que no acepta contacto pacífico con los civilizados.

Imitando el grito de las aves y animales de la jungla, los presuntos atacantes iban estrechando el cerco a los expedicionarios... La cadencia del paso de los sitiados fué en aumento... los ojos y las carabinas estaban prontos...

En este estado de tensión pasaron veinticuatro horas al cabo de las cuales, los viajeros se sentaron en el suelo de un claro del bosque en la posición de espalda contra espalda. Descansaron pero no durmieron...

De pronto Amasifuén, a quien le tocaba en ese turno ir a la cabeza del grupo una vez iniciada la marcha, gritó:

—Una cocamera!!!! (4)

Todos aceleraron el paso, al mismo tiempo que un alarido que parecía venir de todas partes anticipó la lluvia de flechas lanzadas con arco y "pucuna" (cerbatana)...

Las doce carabinas dispararon simultáneamente y en distintas direcciones, oyéndose casi de inmediato algunas ahogadas exclamaciones y ruido de cuerpos que caían de los árboles...

Once miembros de la expedición, después de otra alocada carrera, cayeron unos sobre otros en el piso de la cocamera desierta; a pocos pasos de la choza, Chujayacti se

(4) Choza indígena que alberga a varias familias.

retorcía de dolor atravesado por varias lanzas... y Brown tenía una flecha que le colgaba del brazo.

Dos indígenas desnudos, gritando como demonios y blandiendo sus autóctonas armas, se lanzaron por el claro que circundaba el refugio. Alcázar y Amasifuén les salieron al encuentro machete en mano, mientras los demás disparaban sus winchesters sobre la espesura, protegiéndolos...

Con un rápido molinete Alcázar decapitó al chuncho más próximo cuyo cuerpo con el impulso caminó varios pasos... Amasifuén se tiró al suelo delante del otro y le vació los intestinos de un veloz tajo. Luego, ambos retornaron a la choza arrastrándose bajo una lluvia de flechas.

Aquella noche se recontaron las municiones, se racionó el agua de las cantimploras, se establecieron los turnos. Dickie extrajo la flecha a Brown y se dió sepultura al cadáver de Chujallacti.

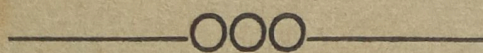
Al siguiente día descansaron todos por turnos; a pesar de que no se veía a los atacantes, Alcázar les aseguró que el cerco estaba establecido por lo que se decidió que llegada la noche, en vista de que la herida de Brown se iba poniendo fea y el agua se acababa, dos voluntarios (que fueron Ochavano y Pacaya) se pusieran la indumentaria de los guerreros indígenas muerto así como también

se pintaran el cuerpo con jugo de semillas que crecían cerca de la choza para, franqueando el cerco, trataran de llegar a "El Encanto" a fin de pedir allí ayuda.

Al amanecer, los ocho expedicionarios ilesos rodearon a Brown que se debatía víctima de altísima fiebre. El brazo herido lo tenía monstruosamente hinchado y la sed lo devoraba...

Para no mermar la provisión de agua y evitar así preocupaciones a sus compañeros, en un descuido del encargado de turno, Brown hizo un esfuerzo y salió tambaleándose fuera de la cocamera... Una docena de flechas, diestramente dirigidas lo convirtieron al segundo en un verdadero puerco-espín.

Al ver aquello Mitchell sufrió un ataque de nervios y trató, descontrolado completamente, de salir disparando a diestra y siniestra. Felizmente Reátegui y Manihuari lo sujetaron fuertemente tomándole por los brazos a la par que Alcázar le asestaba un duro golpe en la nuca que lo dejó inconciente.



La situación se tornó casi insostenible al tercer día de sitio. El agua se terminó y Amasifuén fué herido al tratar de ir por ella.

—Tendremos que beber nuestros orines una vez que se enfríen —sentenció, sin ningún aspaviento, Alcázar.

A Fuller se le hizo un nudo en el estómago la idea. Rey de Castro, Mitchell, Reátegui, Dickie, y Manihuari estuvieron porque se hiciera una tentativa de romper el cerco. Finalmente, Alcázar, mostrándose muy sereno y porfiando una sonrisa, les pidió un día más para ver si recibían ayuda; de lo contrario se ejecutaría la desesperada fuga en dirección de "El Encanto" aunque, subrayó, las pocas probalidades de éxito que suponía tal manobra.

El plazo se venció en medio de una indecifrable tensión. Todos tomaron sus armas. Manihuari cargó sobre sus espaldas a Amasi-fuén que pedía lo dejaran. La suerte estaba echada cuando de pronto, una descarga lejana, que les sonó como un canto de ángeles, rompió el silencio del bosque... Llegaban los caucheros de "El Encanto"!...

—OOO—

Una semana tardaron los miembros de la comisión y sus abnegados acompañantes en restablecerse de las peripecias pasadas. Fueron solícitamente atendidos en "El Encanto" por el propio administrador señor Miguel Loayza.

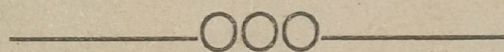
Apenas se sintió con fuerza suficiente Mitchell recomenzó la investigación como si nada hubiera ocurrido.

Sin embargo, ésta no fué sino una repetición de lo que aconteció en "La Chorrera". Incluso, el resultado fué el mismo también, aunque sin las divergencias públicas de aquella jornada.

El cónsul inglés llenó innumerables páginas de su Diario el que había sido preservado cuidadosamente con una envoltura de tela impermeabilizada a base de caucho.

El diplomático muy cortesmente agradecía las atenciones que recibía, pero guardaba celosamente la voluminosa libreta de apuntes bajo la camisa.

Quince días después, llegaban todos a Manaos, en un viaje tranquilo y casi se diría feliz, sin contratiempos y que, comparado con el primero, fué una excursión de placer.



Cumplido su cometido, en Manaos se disolvió la comisión. Mitchell y Fuller siguieron viaje a Belém do Pará desde donde continuarían hacia Londrés y Washington, respectivamente, para rendir sus informes.

Alcázar y Manihuari, luego de firmar ante un notario público sus declaraciones, volvie-

ron a Iquitos. Por su parte Enrique Amasi-
fuén tuvo que ser internado en un hospital;
en tanto que Rey de Castro, Reátegui y Dic-
kie se dedicaron a pasar en limpio el informe
que presentarían al Gobierno del Perú, sien-
do atendidos por don Julio C. Arana con la
proverbial hospitalidad peruana.

—Y... Qué le pareció la zona? —fué
de las primeras preguntas de Arana a Rey de
Castro.

—Mitchell la llamó "el paraíso del dia-
blo"...

Arana soltó una carcajada. Luego, re-
pentinamente se puso serio y dijo:

—Ciertamente que no es un valle ubé-
rrimo poblado de ángeles... Tenían que en-
contrar lo que vieron en una región convul-
sionada por una fiebre como la que azotó Ca-
lifornia y donde no hay más mujeres que las
indígenas... donde la mayoría de los capa-
taces proceden de las más bajas esferas so-
ciales y una gran cantidad de caucheros son
ex-presidarios... Tierra distante llena de
ilusiones, calor, fiebre y peligros... Qué
piensan los gringos?... Que a las cin-
co de la tarde se reúnen para tomar
el té y hablar de política, y por la noche se
ponen el smockin para la cena en mesa de
candeleros y cubiertos de plata?... Todo eso
en polícromas plantaciones que les sirven de
fondo?... Que no se hagan los santos inocen-

tes con el trato que ellos les dan a sus colonias africanas y a la India... En el Putumayo hay lo que han visto y de allí a acusarnos de genocidio hay un insalvable trecho...

Hizo una pausa como para tomar aliento y continuó:

—Después de todo, la denominación dada por Mitchell está buena, porque dada su lejanía y dificultades para llegar allá, es propicia para que el diablo utilice sus armas predilectas: la calumnia y la intriga...

Un nuevo silencio y Arana desvió el diálogo hacia otro ángulo:

—Bueno, bueno... dejemos esto por un momento y demos una vuelta por esta maravillosa ciudad. De regreso hágame acordar para enseñarles unas "joyas" que me han llegado sobre nuestros dos "angelitos" iniciadores de este barullo; me estoy refiriendo a Handerburg y Whiffen.

Caminaron por las adoquinadas calles de la entonces opulenta ciudad brasileña, pasando por el gran parque dedicado al Vizconde de Río Branco. Se detuvieron un buen rato frente al Teatro de la Opera, inaugurado en la noche de Año Nuevo de 1896, nada menos que con la presentación del tenor de la voz de oro, Enrico Caruso.

—Toda esta época de prosperidad, producida por la fiebre del caucho se esfumará

para el Perú y Brasil por acción de un solo hombre —comentó dramáticamente Arana.

—Cómo dice?

Como lo oye . . . Henry Wickham Steed logró hace tiempo, a pesar de la gran vigilancia, sacar de contrabando algunas semillas del árbol del caucho, planta que se produce únicamente en la Hoya Amazónica, y las ha sembrado en las Indias Orientales Holandesas. Ahora la producción de esa zona está alcanzando a la de la nuestra región y según vaticinan los expertos pronto la sobrepasará. . .

Calló y el resto del paseo hicieron ambos en silencio, concentrado cada cual en sus propios pensamientos.

—OOO—

Una vez en el interior del consulado, don Julio le mostró a Rey de Castro varios documentos que estaban en trámite para ser legalizados.

El primero era el recorte de uno de los principales diarios de Londres, en el que se daba cuenta de que Thomas Whiffen con otros tres cómplices habían sido ahorcados en Inglaterra por espionaje comprobado a favor de una potencia extranjera.

El segundo documento decía textualmente:

"Manaos, 16 de Noviembre de 1912.
Señores J. C. Arana y Hermanos
Presente.

Distinguidos señores:

En respuesta a su carta de hoy preguntándome si fuí requerido, en mi calidad de editor de la revista "Amazonas", por un señor de nombre William E. Handerburg que pretendía hacer chantaje contra la firma que Uds. representan, les diré:

En enero del presente año, no recuerdo el día con exactitud, un hombre que decía ser la persona arriba nombrada y que acababa de llegar del Putumayo, acudió a nuestras oficinas durante mi ausencia y en un español muy mal hablado dijo a mi socio, el señor Bahía, que tenía en su poder documentos muy comprometedores para la firma J. C. Arana y Hnos. y que los vendería por mil libras esterlinas.

Le mandé contestar que si volvía a poner los pies en la oficina llamaría a la policía, por lo que optó por enviarme a otro individuo llamado Castro Díaz, el que rebajó la oferta a cien libras, añadiendo que ya Handerburg estaba en tratos con la revista "Truth" por lo que era mi última oportunidad. No me digné contestarle.

Si hubiera alguna otra cosa más a este respecto que deseen saber, tendré mucho placer en satisfacerlos.

Soy de Uds. att. y S. S.

Lynel Garnier

Editor

Ante mi - Barrozo de Souza.— Notario de Estado".

Finalmente, un último documento decía:

"WESCHE y Cía.

Iquitos (Río Amazonas) PERU

24 de Noviembre de 1912

Señores J. C. Arana Hnos.

Pte.

Muy señores nuestros:

Cumpliendo con sus deseos nos es grato expresarles lo siguiente respecto de la letra falsificada N° 6839:

En 13 de Julio ppdo. fué presentada a nuestra Casa de París una letra firmada por el que suscribe llevando el N: 6839 y que parece ser girada una fecha 6 de Febrero del año en curso por la suma de libras esterlinas

830, a la orden de Estanislao Bazán, quien la endosó a W. E. Handerburg; éste la vendió a su vez al Banco del Brasil en Manaos que la endosó a Rothschild y Sons en Londres.

Nuestro N° 6839 se refiere a una letra girada en esta plaza contra la Casa Teodoro Brügman.

Tenemos la convicción de que el falsificador se ha servido de nuestro giro N° 6839 por diez libras esterlinas a la orden de la Notaría Guichard en esta ciudad; dicho documento de cambio no ha sido hasta la fecha presentado para su pago.

Por las investigaciones en Manaos y Londres se ha comprobado que el falsificador ha expuesto toda la letra a un baño químico, quitando todo lo escrito, con excepción de la firma.

No conocemos ninguna persona de nombre Estanislao Bazán. Respecto a William E. Handerburg, sabemos muy bien por nuestra Casa de Manaos que él es la persona que vendió el documento al Banco del Brasil, por lo que hemos iniciado acción judicial en su contra, por estafa. Somos de Uds. Attos y Ss. Ss.

**Por WESCHE y Cía.
Emilio Strasberger
Gerente General**

Ante mí.— Arnaldo Guichard.— Notario Público.— Iquitos.— Perú” — Un sello.

—OOO—

Estoy asqueado —murmuró Rey de Castro.

—Esa es la catadura moral de los testigos en que ha basado su pedido el Foreign Office.

—Adjuntaremos estas pruebas al informe y enviaremos copias a Londres... Qué tales “pulmones”!

—OOO—

Semanas después e iniciada en Londres la “Causa Reservada” luego del informe de Mitchell, Rey de Castro entró muy de mañana en la oficina de Arana, preguntando:

—Y... qué noticias tiene?

—Desalentadoras... La investigación ha sido rodeada del mayor hermetismo... no se permite el ingreso de periodistas ni de otra persona que las citadas al salón donde se realiza, en el tercer piso del Foreign Office.

—Y el abogado de la Firma?

—El doctor Alarco es el único peruano que puede entrar, pero casi sin intervención; es un mero observador y sólo puede hablar

cuando el Presidente del Tribunal le dirige la palabra...

—Pero, informa a la Compañía de las sesiones?

—Por supuesto... Ellos no saben que es un taquígrafo consumado... Quiere leer el último interrogatorio a Mitchell?... Va a ver Ud. cómo este señor se ajusta a la "verdad"...

Arana puso sobre el escritorio varias hojas de papel. Rey de Castro comenzó a leer y conforme avanzaba, su rostro se iba contrayendo de cólera...

La versión taquigráfica apuntaba:

—Presidente: Sabe Ud. cuál es el sentido de la palabra "Shadow" (ensombrecer)?

—Mitchel: Sí, señor Presidente.

P.— Entonces presumo que Ud. y el Cónsul norteamericano fueron ensombrecidos por tres personas a quienes ya hemos oído hablar... La primera: Julio Arana?

M.— Sí, señor.

P.— El segundo, Rey de Castro?

M.— Sí, señor.

P.— El tercero, Juan Tizón, el administrador de "La Chorrera"?

M.— Sí, señor.

1er. Vocal:— Manifestaron Uds. en alguna forma que preferían estar solos e investigar por su propia cuenta?

cial, hasta el sentimental; todos confabulados contra Arana y los peruanos que, con sudor y esfuerzo, colonizaron el Caquetá y el Putumayo. . . . En resúmen, parece que se quiere hundir la soberanía del Perú en la Amazonía. . . .

Estaba manifiestamente exasperado al extremo y procurando calmar sus nervios, agregó, alargando un papel a su interlocutor:

—Parece entonces que llegó un poco tarde esto.

El escrito decía:

“Yo, Harry Samuel Parr, de nacionalidad inglesa, de treinticuatro años de edad, y residente cuando estoy en Inglaterra en el número 47 de Severnake Road Hampstead, Londres, hago las siguientes declaraciones de mi propia voluntad ahora que no tengo ninguna vinculación con la compañía con la cual he trabajado durante cuatro años:

1º—Fuí contratado en Londres por el Sr. Abel Alarco para trabajar en la Compañía J. C. Arana y Hnos. en el Putumayo.

2º—Arribé a “La Chorrera” en Enero de 1909 y comencé a desempeñar mis deberes desde el día de mi llegada. Era Administrador de “La Chorrera” el Sr. Macedo.

3º—Seis meses después de mi llegada, el Sr. Juan Tizón se hizo cargo de la Administración General.

4º—Durante el tiempo que estuve en “La

Chorrera" nunca ví un blanco ó indio maltratado ni tampoco he visto ni oído ninguna orden para maltratar a alguno.

5º.—Estuve en "La Chorrera" cuando llegó el señor Casement a investigar en forma privada las condiciones de trabajo de los súbditos británicos que trabajan en el Putumayo. Aún cuando yo soy súbdito británico tengo que decir que Mr. Casement nunca se me acercó ni pidió que yo fuera a él por alguna queja o reclamo que tuviera. Mr. Casement sólo tomó declaración de diez negros capataces barbadenses ignorantes, que asintieron a todo lo que él dijo y no pudieron firmar ningún papel por ser analfabetos. A mí, siendo el único miembro británico blanco, junto con Mr. Bride, no nos tomó declaración alguna y casi ni nos habló.

6º.—Al año siguiente fuí promovido a Supervisor de la sección denominada "Ultimo Refugio" y allí recibí al Cónsul de S. M. B. Mr. Geo B. Mitchell.

7º.—Yo expliqué a Mr. Mitchell detenidamente la forma en que se verifica el intercambio con los caucheros blancos e indios y le mostré los libros donde se consignaba la cantidad de gomas recibidas y los pagos efectuados, con aprobación del Administrador General y verificado por el Sr. Cónsul.

8º.—Mr. Mitchell ha tenido también oportunidad de ver a los indios reunidos y ha-

blarles por intermedio del intérprete que trajo, también inglés; asimismo, ha hablado con los capataces y los caucheros blancos.

9º.—Mr. Mitchell en su minuciosa investigación tuvo oportunidad de comprobar la forma como vivían blancos e indios y se mostró satisfecho.

Yo, Harry Samuel Parr, por el presente, declaro que todo lo anteriormente dicho es absolutamente verdadero y que las declaraciones hechas por mí son de mi propia e independiente voluntad y en fe de lo cual firmo esta declaración antes de mi viaje a Inglaterra en sus versiones en inglés y español, idiomas por mí bien conocidos.

Harry Samuel Parr

Testigos: Gastón Metzger y Carlos Olórtegui.— Ante mí: Arnaldo Guichard. Notario Público.— Iquitos, Perú.— For the Legalization of the signature of H. S. Parr and A. Guichard.— British Consulate.— D. Brown. Acting Cónsul.

—OOO—

Arana y Rey de Castro quedaron silenciosos un momento; luego don Julio habló lentamente:

—Pues, si quieren duelo en astucia lo van a tener mi querido amigo. Una compañía

inglesa, recién formada, con título de "The Peruvian Amazon C^o Ltda." quiere comprar mis extensas propiedades en el Putumayo y Caquetá... Se las voy a vender al precio tasado por ellos o sea precio "huevo"... Lo que no saben es que dentro de dos ó a lo más cinco años van a quebrar, se van hundir en el mismo terremoto que ellos han provocado... Las grandes plantaciones de caucho de las Indias Holandesas están invadiendo el mercado mundial; pero eso no es nada, un dato ultra-secreto me ha llegado de Alemania: en un laboratorio experimental ACABAN DE PRODUCIR CAUCHO SINTETICO... Me oye Ud.?... La Amazonía cambiará de rubro en su producción más no sucumbirá... Pero los intrigantes y ambiciosos recordarán la destrucción de Sodoma y Gomorra porque la verdad sobre el Putumayo se sabrá algún día, aunque demore todavía,...

Rey de Castro suspiró profundamente... y mirando por la ventana la selva bravía, dijo:

—ASI SERA...!!!

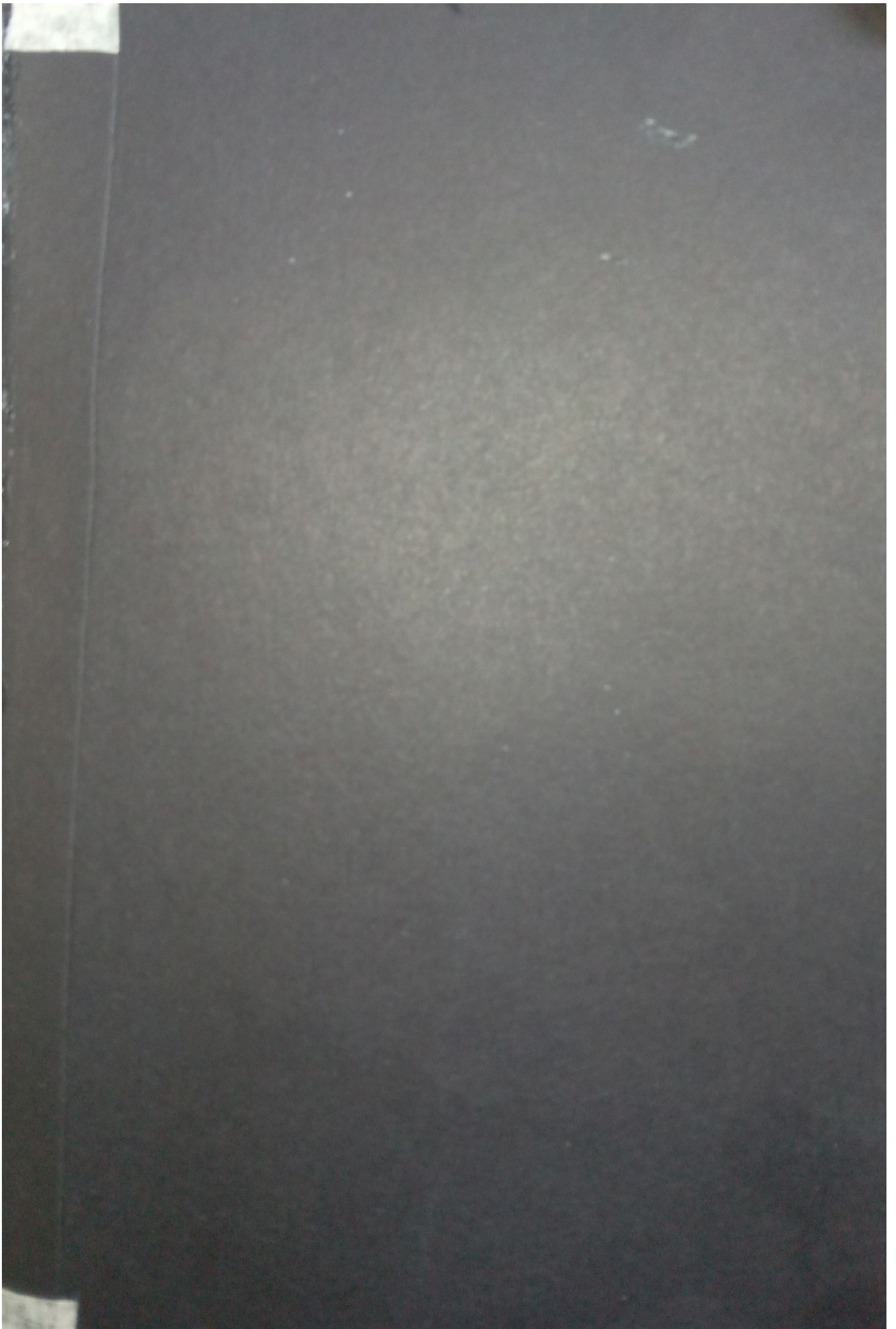
F I N

Cualquier semejanza con nombres de
personas reales es coincidencia.
Prohibida su reproducción parcial
o total sin permiso del autor.

Este libro se terminó de imprimir
el 23 de Marzo de mil novecien-
tos sesenta y cinco en Editorial
Litográfica "La Confianza" S. A.
Leticia 674.







PRIMER FESTIVAL DEL LIBRO AMAZONICO

◦ POESIA DE SELVA

Selección de
roger rumrill

◦ LAS AMAZONAS

jenaro herrera

◦ LIDERES DEL ABC

andrés cardó, f.

◦ EL PARAISO DEL DIABLO

e. gargurevich

Nuestro reconocido agradecimiento a las personas e instituciones que directa e indirectamente nos han alentado en esta ardua tarea editorial.

I. GOMEZ L.
R. RUMRILL
editores.